

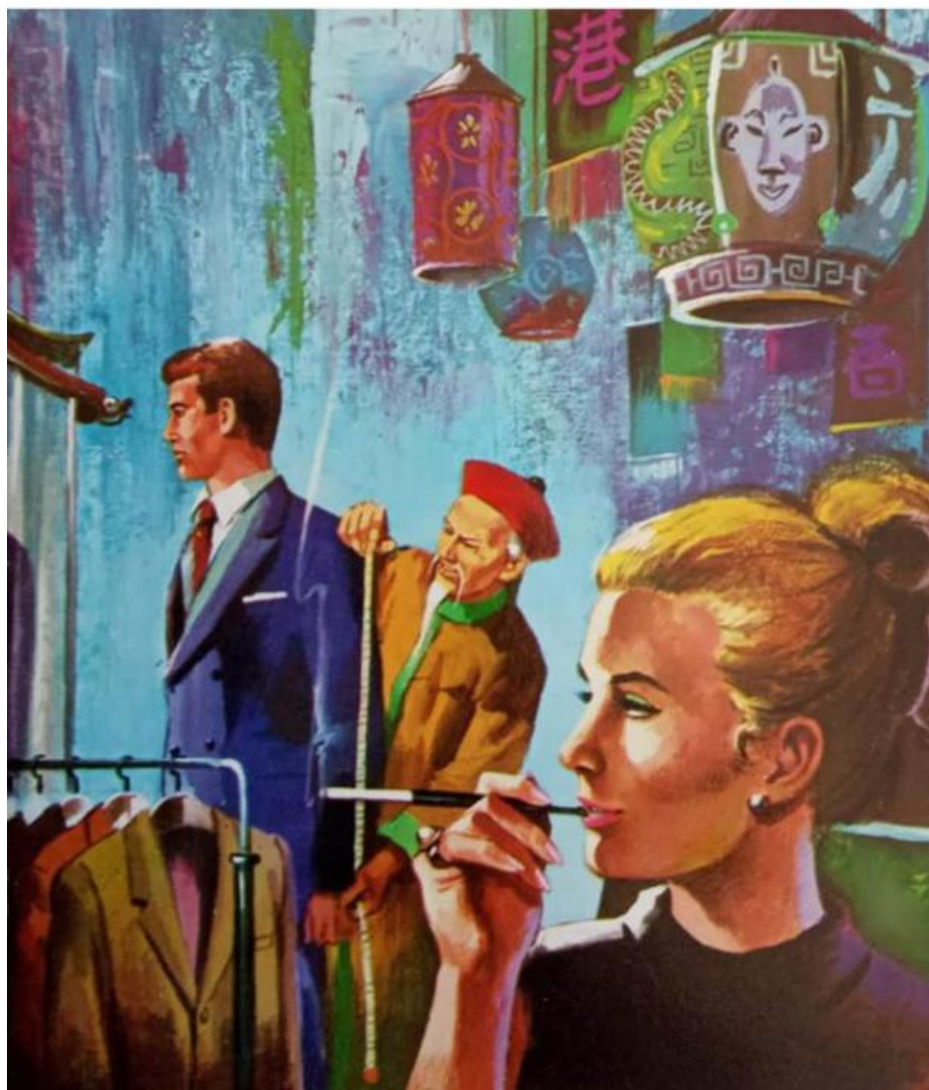
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

para morir, traje de seda

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

**PARA MORIR,
TRAJE DE SEDA**

Colección PUNTO ROJO n.º 484

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 24.579 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1971

© RALPH BARBY - 1971
sobre la parte literaria

© JOSE TRIAY - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

715. — Un rastro fácil.

En Colección KANSAS:

675. — Las tres malditas.

En Colección CALIFORNIA:

774. — No me gustan los llorones.

En Colección BRAVO OESTE:

547. — Noche en llamas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.037. — El detective del millón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

781. — Los buitres del ferrocarril.

En Colección PUNTO ROJO:

447. — Adorable pero cínico.

En Colección ASES DEL OESTE:

629. — El espectro de Kipp Loman.

En Colección BISONTE:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

A través de la ventanilla del “Boeing” tetrarreactor podía ver ya la colonia de Hong-Kong con todo su abigarramiento de sampanes, coches y edificios y con tantos chinos apretujados, que siempre pensé que la isla, desde el aire, debería de verse color amarillo. En derredor, el azul verdoso del mar, un mar que visto de cerca aparecería luego más sucio que los canales de Venecia.

Si aquel caso se trataba de una broma de algún colega, iba a pagarlo caro, me dije mientras una azafata me sonreía amablemente, quizá algo más que amablemente.

¿Tendría la tarde libre en Hong-Kong? Pensé preguntárselo, pero decidí que estar en Hong-Kong y salir con una norteamericana era absurdo.

¿Qué habría tras aquella nota escueta y rápida recibida en mi despacho de investigador privado en Los Ángeles?

“Tome el boleto de avión, viaje a Hong-Kong y preséntese en el Yellow Hotel”. Aquellas palabras solas no hubieran bastado para decidirme a cruzar el Pacífico en avión, pero la posdata era muy elocuente: “Obtendrá mil dólares diarios y gastos aparte”.

Bueno, aquello era algo que mi precaria economía no podía rechazar, pero seguía dudando. ¿Se trataría de alguna broma? Si alguien deseaba alejarme de Los Ángeles y luego no me incluía el boleto de vuelta tendría que comer mucho arroz a la cantonesa, antes de poder regresar a Estados Unidos, y todo por una borrachera que cogí en Las Vegas. La culpa no fue mía, claro. Una rubia fenómeno tuvo el capricho de dragarme. Yo no me di cuenta de que mi cuarta copa contenía L.S.D. y cuando desperté, resulta que me había jugado hasta la camisa en la ruleta, había roto no sé cuántas cosas y estaba en una celda de la estación de policía con una deuda de mil cuatrocientos cuarenta y cuatro dólares con ochenta centavos, estos últimos impuesto de pólizas del estado de Nevada. ¿Chiste? No, una verdad tan grande como el Empire State Building de Nueva York.

Mi coche se quedó en Las Vegas y en autostop regresé a casa. Pensé en buscar a la rubia fenómeno, pero decidí que no me convenía. Podían quitarme la licencia por darle una paliza a una chica por aquello de que era el sexo débil y yo del fuerte. En fin, ¿qué ocurriría ahora en Hong-

Kong?

El tetrarreactor tomó tierra en el aeropuerto de Kaitak.

La azafata seguía sonriéndome, pero me dije: “No seas tonto, ni es rubia ni te va a costar barata”. Bajé la escalerilla y me limité a mordisquearle un poco los labios en un beso de despedida.

—Yellow Hotel.

El chino taxista me prodigó una sonrisa que pensé que era un bocazas, pues la boca le llegaba de oreja a oreja. Después, cuando vi el hotel, comprendí. El chinito esperaba de mí una generosa propina. El Yellow Hotel era de lo mejorcito de Hong-Kong.

—Son diez dólares, místel.

—Sí, diez dólares, pero hongkoneses, que al cambio son algo así como un dólar y medio de los americanos.

El chino puso mala cara. Esperaba que picara como la mayoría de los turistas norteamericanos que llegaban a Hong-Kong.

Le di dos billetes de a dos dólares, pues había adquirido la superstición de todos mis compatriotas de que los billetes de a dos dólares traen mala suerte. El chino volvió a sonreír y sacando una tarjeta me la entregó.

—Si místel quelel hacelse un tlaje a medida, il a esta dilección. Balato, muy balato. Todos los amelicanos hacelse tlaje en Hong-Kong.

—Tu padre —exclamé yo.

El chino, ingenuamente, asintió:

—Sí, el sastle sel nadie mío.

Sonreí estúpidamente. Cogí mi portafolios y me encaré con la puerta del hotel mientras pensaba que no tenía cien dólares para hacerme un traje a la medida, si bien era cierto que en Los Ángeles no iba a coscar— me menos de doscientos cincuenta.

El conserje era alto, poco amarillo y con los ojos menos oblicuos. Quizá un hijo de sampanera, es decir, que sería difícil averiguar qué turista había sido el padre.

—¿Qué desea el señor? —me preguntó correctamente tras el mostrador de recepción.

El vestíbulo era muy elegante, el lujo me rodeaba. ¿Cómo serían las celdas de la cárcel local? Quizá pronto tendría ocasión de averiguarlo.

—Me llamo Jail Wender —dije colocando mi portafolios de piel negra sobre el mostrador.

—Un momento.

Coloqué un cigarrillo entre mis labios y una mano que surgió por detrás de mí le prendió fuego. El encendedor, que por supuesto era hongkonés, de gas y garantizado, no falló.

Miré a su propietario y resultó un joven botones que me sonreía. Aquel hotel tenía el buen gusto de escoger para el servicio de botones a lindas chinitas muy jóvenes y agraciadas.

Le sonreí y ella se retiró tan silenciosamente como se acercara.

—Míster Wender, tiene reservada la *suite* cuatro dos cuatro.

Parpadeé.

—¿Seguro?

El conserje me sonrió abiertamente, yo era ya un cliente en potencia. Menos mal que sus ojos no poseían la facultad de mirar a través de mi traje. De poder escrutar mi cartera o mi talonario de cheques se habría echado a llorar.

—De acuerdo, me tomaré un baño.

Un mozo tan alto como yo, que ya era decir, pues alcanzaba el metro noventa, aunque con sus veintitantos kilos más de peso, se puso a mí lado.

—¿El equipaje, míster? —preguntó remarcando las erres. El sujeto tenía cara de mongol y me dije si Atila habría hecho también de turista por Hong-Kong.

—¿El equipaje? Ah, sí.

Le entregué el portafolios que quedó ridículo entre sus manazas, pero ¿qué iba a hacer si no llevaba más equipaje conmigo? Dentro del portafolios, una camisa limpia, ropa interior y unos paquetes de cigarrillos, ya que ni pistola llevaba debido a las órdenes terminantes de la compañía aérea en que había viajado a causa de los últimos superabundantes secuestros aéreos. Había pasado el control de detección de armas sin problemas.

La *suite* 424 era de las mejores del hotel y estaba en concordancia con el vestíbulo.

Una terraza me proporcionaba el placer de contemplar la isla Victoria. Hacía calor y tomé un baño.

Carecía de bata y salí envuelto en la gran toalla blanca. Me acordé de las termas romanas. ¿Iría así Julio César? Pensé que si bien no tenía a Cleopatra, por lo menos sí tenía más cabello sobre el cráneo que el egregio romano.

Con los pies descalzos sobre la moqueta, dejando las huellas húmedas sobre el alfombrado verde como el más torpe de los allana moradas, me quedé quieto, inmóvil. Si en aquel instante me hubieran dicho que estaba en la Antártida me habría quedado menos helado.

En una de las mullidas, lujosas y al mismo tiempo funcionales butacas del *living* se hallaba una mujer capaz de hacer saltar a la comba a las niñas de mis ojos.

Estarían de moda la “maxi” y la “midi”, pero ella llevaba una “mini” que la faldita de jugar al tenis, a su lado parecía la capa de una reina inglesa.

Sobre su busto agresivo, un rostro inteligente y muy expresivo. Grandes ojos de pupilas verdosas y lo que era peor, un largo y lacio cabello rubio. Con la mala suerte que me traían las rubias.

—Hola, señor Wender —me dijo con voz suave pero algo ronca a la vez.

Yo moví los dedos de mis pies desnudos como si protestaran por carecer de zapatos.

Carraspeé.

—Creo que no es esta la mejor forma de recibirla, pero no tengo una bata...

—Eso no es problema, señor Wender. —Descolgó el teléfono y tras escuchar la voz de la telefonista pidió con voz autoritaria y terminante—: ¿Medida? Un momento... —Se giró hacia el hombre—. ¿Cuál es su talla?

Decidido a no sorprenderme por nada, respondí:

—La seis, pero que no sea floreada; no soy *hippy*.

—La seis, color liso. Sí, creo que en rojo quedará bien, armonizará con su cabello cobrizo. —Colgó y me dijo sin amabilidad—: Cuanto le haga falta, pídalo por teléfono.

—Y luego, ¿quién pagará la cuenta?

—Olvídense de ella, no será su problema —respondió tajante.

Me dije que si aquella rubia me hacía dormir de nuevo en una comisaría, reuniría unos cuantos ahorros para comprar varias maniqués rubias y quemarlas en una hoguera como a brujas, pero desechando mis tétricos y oscuros pensamientos, sonreí.

—¿Con quién tengo el honor...?

—Mara.

—¿Solo Mara?

—Por ahora es suficiente.

Hablaba un inglés que no sonaba a Pato Donald y me dije que podía ser una inglesita pura, una inglesita que no parecía azararse porque yo siguiera dentro de mi toalla como única vestimenta. ¿Estaría habituada? No, creo que no debía haberse tropezado con tipos con tan mala suerte como Jail Wender.

—Y bien, Mara, ¿eres tú quien me ha preparado todo este decorado?

No pareció molestarle el tuteo. De su bolso sacó un cigarrillo, lo colocó entre aquellos labios que me gustaban muchísimo más que los de la azafata, pero que por el momento no me atrevía a mordisquear, por si se le olvidaba pagar la cuenta del hotel, y le prendió fuego. No me convidó, seguía teniendo mala suerte y, la verdad, me molestó que me escrutara con unos ojos que ahora me parecían demasiado fríos, quizás algo científicos y calculadores.

—En el sindicato de actividades diversas, departamento de investigadores privados, me dijeron que un tal Jail Wender era un excelente investigador privado.

—Gracias.

—Déselas a ellos, no a mí —replicó Mara. Tras aspirar el humo de su

cigarrillo prolongó—: En su ficha consta fortaleza física, treinta y dos años de edad...

—Algo indiscretos.

Ella continuó:

—Fue teniente en la Navy en el grupo de comandos hombres-rana, etcétera, etcétera.

—Una serie de cualidades que al parecer te convienen.

—Así es —asintió Mara.

—Bien, parece ser que Jail Wender es el tipo ideal de imbécil que hace falta en Hong-Kong.

—¿Un imbécil, por qué? —preguntó con sinceridad.

—Son cosas que me digo yo mismo. A veces, las rubias me traen mala suerte. ¿No dice eso también mi ficha del sindicato? —pregunté mirándola a la cara pese a darle la espalda, claro que tuve que torcer el cuello como un mochuelo.

—No, ese detalle no lo menciona.

—Bien, bien, no tiene importancia.

—Lo que sí indica su ficha es que no está casado ni tiene familia.

—Sí, es cierto, y eso me hace más apto para misiones peligrosas. De este modo, nadie vendrá a regar las malvas de mi tumba con su llantos.

—Ese es precisamente uno de los detalles que me interesan de usted, señor Wender.

—Llámame Jail, es más corto. En cuanto a lo de morir, ya decía yo que era mala suerte. Supongo que no “palmaré” por el precio de una bata. En Hong-Kong son más baratas.

—Jail —dijo ella aceptando mi nombre —tengo un caso muy especial para usted.

—Supongo que los mil dólares diarios libres de gastos empiezan ahora, ¿verdad?

—Sí, pero si comete alguna torpeza no vamos a pagarle un solo dólar. Se lo advierto porque aquí no habrá contrato firmado ni nada que se le parezca y cómo será un trato internacional, si es necesario, después negaré haberle visto alguna vez en mi vida y no podrá reclamar a nadie.

—No, si ya digo que las rubias me traen mala suerte.

Me senté arrojándome como pude en la toalla. Un pingüino en Sonora no se hubiera sentido más ridículo que yo en aquellos momentos.

Ella se levantó y resultó alta, esbelta. Mostró unas piernas de piel sedosa y tostada. Seguro que tomaba sesiones de lámpara de cuarzo diariamente.

—Represento a Insurances British Navy Company.

—¿Una aseguradora naviera?

—Sí, de las más poderosas de la tierra.

—Entonces comenzaré a pensar que mil dólares diarios son pocos.

—No se pase de listo, Jail, podríamos olvidarnos de usted. Hay millares de investigadores privados.

—Pero me han elegido a mí —puntualicé— y aquí estoy.

“¡Y cómo estoy!”, pensé. ¿Cuándo traerían la dichosa bata? Una cosa era conquistar a una chica y acabar dentro de una toalla, pero otra era hallarse envuelto en una toalla y ser visitado por una espléndida hembra como aquella que decía llamarse Mara y que le miraba de la misma forma que Fleming miraría a sus estafilococos a través de un microscopio.

—La delegación de la Insurances British en Hon-Kong le dará un empleo de ejecutivo, solo tiene que permanecer un día aquí.

—¿En Hong-Kong?

—Sí. Después viajará a Londres por cuenta de la compañía.

Un día, el tiempo justo para que el padre del taxista me hiciera un traje de seda o quizá dos. ¿Por qué no, si aquella preciosidad que representaba a la aseguradora naval me adelantaba algo?

—¿Y puedes decirme que haré en Londres? Parece que quieran que dé la vuelta al mundo en un par de días y a este paso voy a emular a Yuri Gagarin, muy a pesar de los soviets.

—Muy chistoso.

Tiró la ceniza dentro de un cenicero de porcelana.

Es ordenada y meticulosa, me dije, cuidadito con ella, es sumamente peligrosa.

—En Londres se presentará en la central como ejecutivo de Hong-Kong para realizar un cursillo intensivo sobre la dirección de sucursales aseguradoras. Por tanto, tendrá libertad y acceso total a todas las dependencias de la casa. En todas partes será bien atendido, lo que facilitará su labor de investigador privado.

—¿El trabajo hay que realizarlo en Londres?

—Hum —aprobo ella sin soltar el humo de su boca... ¡Quién fuera humo!

—¿Y por qué no contrataban a un investigador inglés y no a un norteamericano como yo? —pregunté abiertamente, sin pensar que podía iluminar aquella hermosa cabecita y quedarme sin empleo, un empleo que, por lo oído, prometía mucho.

—Porque no nos fiamos de nadie.

—Eso está bien. —Suspiré aliviado. El empleo era mío—. ¿Y qué es lo que tengo que averiguar? ¿Malversación de fondos, robo a la compañía, pólizas falsas o cuántas amiguitas tiene el director-gerente?

—No, es algo mucho más serio. Nos están extorsionando. Usted tendrá que averiguar quién es y quiénes le ayudan en el trabajo porque deben de estar muy organizados.

—¿Trabajaré solo?

—Sí, pero si necesita contratar a alguien para algún trabajo, hágalo, aunque no cuente con nosotros.

—¿Y para pagar?

—Le abonaremos todas las facturas sensatas que nos entregue. No vamos a regatearle un dólar.

—Magnífico. Ahora, ¿me contarás cómo se realiza la extorsión?

—Sí, el problema está en que...

Me acerqué a ella, me quedaba estupenda en cuanto a altura.

—¿Qué pasa?

—Antes quiero probar algo.

—¿El qué?

—Algo que me interesa mucho.

Me aproximé más a ella y Mara no se movió. Me observó interrogante y preocupada.

La besé en los labios. Ella aguantó pero cerró los ojos. El humo del cigarrillo formó como una difusa cortina entre ambos.

—Lo que imaginaba, soberbios —dije al separarme de ella.

Mara abrió los ojos. Mostrándome una dentadura perfecta y no industrializada como las dentaduras de Hollywood o las perlas de Japón, preguntó:

—¿Sí? Pues me sabe a poco.

Volví a acercarme y mis labios se hallaban ya a un cuarto de pulgada de los de color cereza, notando su cálido aliento, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté malhumorado.

—Su bata, míster.

CAPÍTULO II

Vía Ankara-Roma estaba llegando al aeropuerto de Gatwick en Londres.

El viajecito se las traía. Aproveché algunas de las horas de vuelo para dormir, suponía que tendría mucho trabajo al llegar a la capital del Reino Unido, por algo me estaban pagando.

Tras aquel vuelo, solo me faltaría tomar otro avión y llegar a Los Ángeles. Habría dado la vuelta completa a este belicoso y sucio planeta llamado Tierra, y lo de sucio podía decirlo con propiedad un hombre de mi profesión.

Mi equipaje había aumentado. Ya no llevaba solo el portafolios, sino también una maleta conteniendo ropa y vestía un traje de— seda azul que me sentaba de maravilla. El padre del taxista había resultado un excelente y rápido sastre.

Con dinero de la Insurances British me había provisto también de algunos chismes electrónicos que facilitaban la labor de un investigador privado. No había que olvidar que Hong-Kong, al igual que Tokio, eran los centros mundiales del espionaje industrial.

Por un precio moderado, en una academia reconocida se podía sacar el diploma de espía industrial y, por supuesto, los aparatejos de espía electrónico se fabricaban en serie y resultaba fácil adquirirlos.

Lo que más lamentaba era no haber visto de nuevo a Mara. Solo una entrevista había tenido con ella y por más que la busqué, la hermosa rubia no apareció.

En las oficinas de la sucursal en Hong-Kong de la Insurances British Navy fui tratado con alta cortesía. Los orientales eran especialistas y en el breve tiempo que permanecí en la colonia de su Graciosa Majestad recibí cuatro proposiciones para pasar drogas a Occidente.

Ignoraba cómo, pero se enteraron con rapidez de que iba a emprender vuelo de inmediato hacia Londres. Incluso, un policía me había propuesto llevar un paquete de heroína ganando el treinta por ciento del total de la mercancía. Sonreí con sarcasmo y escupí al suelo. Decididamente, no me gustaba Hong-Kong ni sus negocios. Aguas sucias, mucho amarillo y en la

isla un tufillo a carne quemada procedente del crematorio hindú. Por supuesto, no pedí bistec.

Me había acostumbrado al clima de Los Ángeles pese a su *smog*, con bastante humedad, pero soleado y sin frío, por ello no acababa de gustarme Londres, claro que como era verano todavía podía resistirlo. ¿Cambiaría mi traje de seda por un traje harapiento de *hippy* en Carnaby Street?

El avión a reacción hizo funcionar sus aerofrenos brotados de la parte superior de las alas metálicas y casi en picado tomamos tierra en el aeropuerto de Gatwick.

Era ya de noche y la torre del Big-Ben no dejaba escapar ninguna campanada oscura y bronca anunciando los espectros nocturnos. ¿Se habría estropeado el fantasmagórico reloj? Miré mi cronómetro de pulsera y recordé que llevaba en él una hora que no correspondía a ningún país del mundo. Eso de viajar alrededor de la tierra era como lavarle el cerebro al infeliz turista.

—Atención, atención, señor Jail Wender, señor Jail Wender procedente de Hong-Kong, acérquese a información. Atención, atención, señor Jail Wender, acérquese a información.

Resolví obedecer la voz que cruzaba por el aire todo el aeropuerto.

Una azafata pecosa y pelirroja, muy sonriente, me entregó un sobre. Yo apenas la miré, era demasiado delgada para mí gusto; la línea *twigi* no me iba.

“Wender, en el *parking* del aeropuerto encontrará un “MG” deportivo color rojo matrícula 76 AX 213. Junto con esta nota están las llaves y en la guantera hallará nuevas informaciones”.

En efecto, dentro del sobre estaban las llaves del automóvil. Por lo visto se preocupaban mucho de mí y no me perdían de vista. ¿Terminarían los ingleses haciéndome marcar en una ficha horaria? Sonreí. Jail Wender era libre, libre como un pájaro que estaba dando la vuelta al mundo.

Una fina lluvia septembrina me hizo buscar aprisa el deportivo rojo “MG”. Por suerte, había sido un inglés quien lo había aparcado. Un norteamericano lo habría dejado con la capota impermeable recogida y habría encontrado el asiento mojado.

La llave penetró en la cerradura del auto como un pistón dentro del bloque del motor.

En la guantera, efectivamente, hallé nuevas instrucciones y una llave con el número veintisiete.

Al iluminarse el panel de mandos comprobé que no se habían olvidado de poner carburante a tope en el depósito. Por poco me estrello al salir a

oचना por hora del aeropuerto circulando por la derecha.

Rectifiqué ante la manía británica de conducir por la izquierda y siguiendo las indicaciones del mapa que había en la guantera me dirigí al barrio residencial londinense. Puse cara de alivio al comprobar que la dirección, en Oxford Street, correspondía a un alto y moderno edificio de apartamentos.

Una luz parpadeante me mostró el garaje subterráneo. Los automóviles allí estacionados eran de lujo e imaginé que los precios de los apartamentos estarían en consonancia.

En el ascensor que brotaba del mismo garaje pulsé el botón correspondiente al cuatro.

Con mi maleta y el portafolios aparecí en un corredor discretamente iluminado con luces indirectas y perfectamente alfombrado. Un calor suave hacía agradable el recorrido y en la puerta veintisiete introduje la llave que había hallado en la guantera del coche. Nuevamente no quedé defraudado y penetré en el apartamento.

Una célula fotoeléctrica encendió las luces a mi paso. Me sentí satisfecho. Decididamente, a un californiano como yo no le agradaba una lúgubre mansión londinense o un recargado hotel.

Arrugué la nariz como cualquier buen “pointer” que se preciara. Olía a tabaco caro, un olor que recordé.

—¿Ha tenido buen viaje, Jail?

Solté la maleta y tiré el portafolios sobre una butaca.

La explosiva Mara estaba allí, sentada en el sofá y mirando la televisión. Por un instante pensé que se había estropeado el altavoz, pero luego pude ver cómo ella soltaba un auricular.

—Por lo visto viajas más aprisa que yo.

—Síéntese, Jail. Tenemos que seguir con la charla que interrumpimos en Hong-Kong —dijo desconectando la televisión con un mando a distancia.

Me quité el sombrero y lo puse sobre un búcaro sin flores al tiempo que me preguntaba si sería cierto que los Estados Unidos eran un matriarcado. La verdad es que la rubia estaba moviendo los hilos de mi persona. “Vaya a Hong-Kong, luego a Londres...” ¿Dónde volvería a encontrarla?

—¿Hay algo para beber? —preguté.

—Tras esa puerta hay una pequeña cocina de emergencias. Habitúese a ella, este apartamento será su casa mientras viva en Londres para la investigación.

Atendí la sugerencia y decidí revisar el lugar donde iba a hospedarme. Halló whisky y escocés, un punto a favor de Mara.

—Tengo hambre —le dije—. Los californianos también comemos. Luego, si hay que liarse a puñetazos, necesito estar en forma.

Mientras llevaba dos vasos a la mesita baja frente al sofá ella me

mostró uno de los tres teléfonos que poseía el apartamento.

—Cuando quiera comer puede ir al restaurante que hay en la planta o simplemente pedir lo que desee por teléfono.

—¿Paga la Insurances British?

Ella asintió con la cabeza.

—Todos los gastos de un ejecutivo de una sucursal corren a cargo de la empresa.

—Magnífico.

Descolgué el teléfono y pedí una apetitosa cena con pescado y champaña.

—¿Siempre cena igual? —preguntó ella.

—Es que no me gusta comer solo.

—Yo no tengo apetito —me advirtió Mara.

—Esperaremos, lo importante es que si ha de venir alguien que sea ahora y no después —dije recordando a la botones de Hong-Kong que me había traído la bata en el momento más inoportuno.

Cuando llegó el servicio de la cena, Tiara pasó a la alcoba, no quiso que la vieran. Ya nuevamente a solas, destapé la champaña dejando a un lado el *whisky*.

Mara estaba segura de sí misma, tanto que pese a su espléndida belleza rubia me recordaba a un iceberg cuando yo quería convertirla en un volcán.

Estuvo observándome en silencio por encima de las burbujas de champaña. Al fin dijo con sinceridad:

—No sé si es el más estúpido o el más listo de los investigadores privados.

Tomé un cigarrillo de los de ella y expulsé el humo. Tenía esperanza de que no se decidiera por la primera opinión. Las inglesas resultaban muy sorprendentes a veces.

—Hace como cinco meses fueron hundidos dos barcos de pequeño cabotaje y la compañía tuvo que abonar íntegras las pólizas de seguro, lo que le ocasionó una considerable pérdida de libras esterlinas.

—¿Se negó la compañía a pagar a los extorsionistas?

Mara negó con la cabeza. Tomó un sorbo de champaña y prosiguió:

—Los dos hundimientos fueron el principio.

—Entiendo. Fue una demostración de fuerza.

—Exacto. Hundieron dos barcos pequeños anclados en puerto.

—¿En cuál?

—Uno en Atenas y el otro en Hong-Kong.

—Muy distanciados el uno del otro.

—Sí, son gente que se mueve. Como la compañía tiene asegurados cientos de barcos que navegan por todos los mares, buques que llevan las más distintas banderas, la verdad es que la pérdida de dos pequeños barcos

sin demasiada importancia no causó un gran quebranto a la Insurance British, pero los extorsionadores...

—¿Hay más de uno?

—Debe de haberlos, pues los barcos fueron hundidos en el mismo día y hora.

—De acuerdo. Sigue con el relato.

—La compañía está siendo presionada. Ya se ha pagado en cuatro ocasiones lo que han pedido.

—¿Ha sido alertada la Interpol?

—No. La sorpresa ha sido advertida de que si la Interpol entraba en acción, un trasatlántico asegurado por nosotros sería hundido en alta mar, lo que constituiría una gran catástrofe.

—¿Y crees que esos extorsionistas serían capaces de cometer tal barbaridad?

—Si se refiere a la cantidad de personas que podrían morir en la catástrofe, le diré que sí. En los dos barcos hundidos han muerto ya un total de catorce hombres. No se detienen ante nada y por lo visto son especialistas en colocar explosivos submarinos pegados a los cascos de los barcos. De momento, nadie ha relacionado los dos hundimientos entre sí. En Atenas creen que el barco hundido es a causa de las fricciones existentes en aquella zona y en Hong-Kong, por chinos de Mao.

—¿Los inspectores de la compañía han revisado los barcos hundidos?

—Sí, y la técnica empleada es la misma en ambos casos. De eso debe de entender mucho usted, Jail, por ello se le eligió para esta investigación ya que perteneció a las fuerzas especiales de
hombres-
rana de la Navy USA.

—Correcto, pero ¿y esas veces que dices habéis pagado a los extorsionistas?

—Sí, en cuatro ocasiones se han pagado cien mil libras esterlinas.

No pude por menos que silbar admirativamente.

—¿Y cómo efectuasteis pagos tan elevados sin comunicar a la policía lo que ocurría?

—Hubiera sido fatal, no podemos correr riesgos. ¿Se imagina lo que ocurriría si la noticia del posible hundimiento de un trasatlántico pasara a la Prensa?

—Lo imagino. La Insurance British se hundiría. Todos retirarían sus pólizas por temor a ser hundidos o le exigirían que pagase.

—Exacto. Sería la quiebra y los extorsionistas lo saben. Por supuesto, no se puede pedir que las policías de todo el mundo se unan para capturar a esos extorsionistas internacionales que lo mismo se pueden esconder en Egipto, Rusia o Londres.

—Entiendo. El caso está difícil y esos extorsionistas saben el negocio que se traen entre manos, pero no les sería posible llevarlo adelante si

desconocieran cuáles son los barcos asegurados por la Insurances British, las rutas que siguen y en qué puertos recalán para colocarles las bombas adecuadamente.

—En efecto, y se supone que dentro de la compañía, alguien importante a juzgar por los datos que se extraen, es el que proporciona la información.

—Mi trabajo será descubrirle, claro.

—Para eso le pagamos, Jail —puntualizó ella.

—¿Y en qué forma pagaron a esos sujetos?

—Siempre en aguas internacionales, pero cerca de las islas británicas.

—¿Estás diciéndome que cobran en alta mar?

—Así es. Ellos concretan el momento en que un pequeño yate, propiedad de míster Brown...

—¿Quién es míster Brown?

—El gerente de la compañía.

—¿Gerente general?

—Sí —hizo una pausa y prosiguió—: Recibimos una carta compuesta con letras de periódico. En ella nos dan una ruta y una vez en alta mar, a la hora precisa y en la frecuencia que se nos ordena, conectamos el receptor de radio en onda ultracorta. Se reciben unas coordenadas que se repiten en tres ocasiones.

—¿El yate debe acudir al lugar coincidente en las coordenadas?

—Sí y por cierto, en las cuatro ocasiones fueron distintas lo que no facilita la labor de captura.

—Entiendo.

Mi interés aumentaba. El caso se presentaba muy difícil, los delincuentes eran altamente profesionales.

—A la hora en punto se arroja al agua una bolsa de plástico que contiene el dinero pedido. Dentro de dicha bolsa debe ir también una linterna encendida, debidamente protegida contra el agua, pero cuya luz sea visible a distancia, debo advertirle que las entregas siempre se realizan durante la noche. Después, el yate debe alejarse y la luz desaparece.

—Es decir, un hombre-rana recoge el dinero.

—Es evidente, aunque jamás se le ha visto. La tripulación del yate, por lo que pudiera suceder, no conoce con exactitud lo que ocurre ni lo que contiene la bolsa. De trascender a la Prensa la extorsión de que somos objeto se provocaría un pánico mundial dentro de los navíos asegurados por nuestra compañía. Como es lógico, las navieras no venderían un solo pasaje a los viajeros, quienes temerían morir en alta mar o perder sus mercancías en el recorrido. Por elevadas que sean las pólizas se suele perder más que lo que se cobra cuando la catástrofe ya está hecha.

—El problema es grande y por el momento solo le veo la solución de seguir pagando hasta que se encuentre a los delincuentes.

—Lo malo es que para el próximo pago han pedido doscientas cincuenta mil libras esterlinas.

—Diablos, la codicia ha envenenado la sangre de estos tipos.

—Así es. Ellos saben que la compañía aseguradora está en sus manos y piensan chuparle la sangre como vulgarmente se dice.

—Y si no pagan, ¿con qué amenazan esta vez?

—Con hundir un barco asegurado por nuestra compañía, pero de pasajeros.

—Eso agrava la situación, claro que sería interesante conocer sobre qué barco de pasajeros han puesto sus ojos para hacerlo vigilar minuciosamente.

—Imposible. Desconocemos cuál es el buque que figura en la lista negra de esos saboteadores. Son muchos los barcos de pasajeros asegurados por la Insurances British.

—Entiendo. Hay que descubrirlos pronto o pagar.

—Así están las cosas y lo malo es que si pagamos, en la próxima ocasión ocurrirá lo mismo y hasta es posible que aumenten sus pretensiones.

—Están bien agarrados a la teta de la vaca —repuse pensativo.

—Y no van a soltarla mientras les dé leche —agregó ella—. Mi opinión particular es que lo que están haciendo ahora solo son tanteos para terminar pidiendo cantidades exorbitantes amenazando con hundir grandes trasatlánticos.

—Ya. Están haciendo un sondeo de la actitud, de la compañía ante el problema que les ha caído encima.

—Sí. Por el momento, el tema no ha sido ni siquiera tratado en el consejo de dirección y administración.

—¿Todo va a cargo del gerente míster Brown? —pregunté sorprendido.

—Sí, todo está bajo su responsabilidad. Arriesga su fortuna particular para salvar a la compañía del desastre. Míster Brown no confía en nadie.

—En nadie salvo en ti —puntualicé.

—Sí, soy su secretaria particular y tengo a mi cargo la dirección del departamento de computadoras. En vida, mi padre fue gran amigo de míster Brown y cuando yo terminé mi carrera de derecho ingresé en la compañía con un buen empleo. Al parecer, míster Brown ha considerado oportuno confiar en mí y me pide que lleve el asunto adelante sin comunicárselo a nadie. Ambos esperamos de usted que descubra a los extorsionistas.

—Si descubro al enlace de la compañía que les facilita la información, creo que no resultará difícil dar con los demás.

—Eso es lo que esperamos de usted, Jail, pero no olvide que son asesinos en potencia y ya han muerto catorce personas. A ellos no les importa que muera más gente.

—Entiendo y tendré el máximo cuidado para que no hundan más barcos. Por supuesto, deberán aceptar la exigencia del pago de las doscientas cincuenta mil libras.

—Míster Brown está dispuesto a pagar, pero también espera de usted que recupere el dinero...

Comprendí por qué habían ido a buscar a un investigador privado a otro continente. Si los extorsionistas eran de alta escuela averiguarían rápidamente si se trataba de un investigador privado inglés o de un policía. Había que llevarlo todo en secreto. Estaban en juego muchas vidas humanas y mucho dinero. Al parecer, aquellos asesinos sabían hacer su trabajo y desaparecer. Debían de ser expertos hombres-rana.

Era obvio que la cabecita de aquella atractiva rubia sabía lo que quería y cómo obtenerlo: un investigador privado especialista en submarinismo y explosivos subacuáticos.

Ahora ya estaba al corriente del problema y confieso que me apasionaba, aunque Mara comenzaba a apasionarme mucho más...

Inesperadamente, como si adivinara mi pensamiento, se puso en pie. Se dirigió a la puerta y antes de desaparecer me advirtió:

—No olvide que usted y yo no nos conocemos.

Desgraciadamente para mí, tuve que cenar solo y ver por televisión un reportaje de lo que éramos los norteamericanos.

CAPÍTULO III

En el edificio de la Insurances British Navy fui recibido por una impresionante “public relations” que parecía barrer el suelo con los bordes de su maxifalda.

Me condujo por un corredor hacia el ascensor y en éste al piso alto del edificio.

—Por favor, aguarde un momento, señor Wender.

La chica, moviendo su anatomía, se acercó a una mujer que se hallaba tras una mesa con unas gafas de horrible montura marrón. La mujer era bastante vieja y dispuesta a no sonreír jamás.

Descolgó el teléfono y habló por él. Luego dio unas palabras y la de la “maxi” regresó hacia mí cuando yo había comenzado a encender un cigarrillo con el encendedor-cámara fotográfica que me había comprado en Hong-Kong.

—Sígame, por favor.

Una puerta de madera recia y labrada se abrió ante mí y fui a dar a una sala de juntas.

Siete hombres y tres mujeres estaban sentados ante la mesa. De ellas, la más hermosa, Mara, que ocupaba una de las cabeceras. La otra, la principal, el lugar en el que había la butaca con el respaldo más alto, estaba vacía. ¿Pertenería a míster Brown?

Mara se puso en pie. Se caló unas enormes gafas de cristal violeta que la hicieron más interesante y abriendo una carpeta de fino cuero leyó y preguntó, mirándome con unos ojos que cualquiera hubiera jurado que jamás me había visto con anterioridad.

—¿Es usted el señor Jail Wender de Hong-Kong?

Carraspeé ligeramente.

—Sí. Según creo esperaban mi llegada.

—Americano —comentó en voz baja y con algo de desprecio un sujeto alto y grueso con escaso cabello rubio. Por lo visto, no le caíamos bien los hijos del tío Sam. Más tarde me enteraría de que era el cajero general de la firma.

—Precisamente, al principio de esta reunión hemos hablado de su inmediata llegada a la central, señor Wender. Todos esperamos que se encuentre aquí como en su propia casa. Todos le brindamos nuestra máxima colaboración. Es de gran interés que nuestras delegaciones, en el extranjero estén en perfecta dirección y funcionamiento.

Mara me presentó a los diez personajes. No traté de retener todos los nombres en mi mente. Un emisor disimulado dentro de un paquete de cigarrillos enviaba cuanto se hablara cerca de mí a un magnetófono con una cinta de media milla colocado en el portaequipajes del “M. G.”. Después, solo tendría que pasar la cinta y tomar mis notas. En aquella primera entrevista tendría mucho que ver y observar y quizá me interesaran más los gestos y las expresiones de aquellos seres que sus nombres.

Un tal Larry Shalman no me gustó ni poco ni mucho. Era delgado, nervioso, y jugaba con sus dedos escondiendo las puntas de los mismos hacia abajo. Era el jefe de personal.

También reparé bastante en Thomas Gregory Lamban, jefe de relaciones exteriores. Aquel hombre vestía el uniforme de capitán de navío de la marina mercante británica.

Seguramente había abandonado la dirección de los navíos para dedicarse a la vida burocrática en tierra. Tenía unos ojos extrañamente claros. Parecía que sus niñas no pudieran ver bien y la boca pequeña, con la barbilla prominente, me hicieron catalogarle como judío.

No soy un antisemita pero, como en todas las razas, tenía que haberlos malos y buenos y, decididamente, Lamban no me caía bien. Era algo inconcreto, sin fundamento, pero que experimenté al estrechar su mano.

—Y por último estoy yo. Mi nombre es Mara Bryan y soy la secretaria particular de míster Brown y jefe del departamento de secretarias de dirección y centro de computadoras.

Le tendí la mano también y no me atreví a guiñarle un ojo porque había demasiadas miradas clavadas en los dos, observándonos.

Más tarde me enteré de que Mara era la jefe de diez secretarias de dirección que a su vez gobernaban a una treintena de simples mecanógrafas, todo un harén.

—Por favor, señor Wender, siéntese en la mesa y participará del final de nuestra reunión. Le servirá para cuando regrese a Hong-Kong. Luego le mostrarán todos los departamentos de la casa y en días sucesivos irá familiarizándose con ellos según el orden que usted prefiera, según su propio interés.

Asentí con la cabeza. Di una ojeada a la silla vacía del director gerente de la importante empresa y dije:

—Me gustaría saludar a míster Brown de parte de sir Hyman, nuestro director gerente en Hong-Kong.

—Ah, por supuesto. Cuando míster Brown esté enterado de su presencia aquí le avisaremos inmediatamente para que pueda saludarle y conversar con él. Sé que está vivamente interesado en los problemas del Lejano Oriente.

Caminé de un lado a otro de la empresa que resultó tener millares de pasillos. ¿Por qué los británicos eran tan aficionados a los pasillos?

Mara me jugó una mala pasada. La mujer que me mostró toda la empresa fue la hostil y dura vieja del despacho que, al cansarse, empezó a refunfuñar y algo la oí gruñir de que le tenían manía porque aún no pedía el retiro voluntario al que tenía derecho.

Al fin, casi al borde del almuerzo, llegamos al despacho de míster Brown.

El despacho resultó tan grande como lujoso, pero no de mi gusto. Un despacho como aquel estaba bien para el primer lord inglés o para míster Brown. Lo único que, en principio, destacaba allí, era una larga ventana panorámica de vidrio polarizado a través del cual podía observar las mesas del personal que trabajaba para él, mientras que a la inversa no podía ocurrir otro tanto.

Me aguardó sentado tras la mesa. En Buckingham Palace no las tendrían más costosas y recargadas. Dos cañones miniatura apuntaban hacia los que se sentaban en las butacas frente a míster Brown. ¿Estarían cargados?

Una especie de dictáfono con caja de marfil y plata, imitando algo antiguo pese a los hilos y transistores modernos que contenía, dejó escapar un leve silbido al tiempo que en su interior se encendía una luz. Míster Brown me preguntó inmediatamente:

—¿Lleva usted algún micro emisor, señor Wender?

Admití que míster Brown se había protegido bien contra el espionaje industrial.

—En efecto. Estoy grabando cuanto se dice cerca de mí.

—¿Memoria artificial?

—Así es.

Me tendió una caja de caoba en la que aparecía la esfinge de un dios asiático. Tomé un caro cigarro de su interior y él se echó hacia atrás para hablar más cómodo.

Míster Brown era el perfecto, el correcto inglés de impecable afeitado y cabello escaso y lacio, peinado meticulosamente. Cuello duro y algo alto para las últimas tendencias.

Su traje, de pura lana de Manchester. Inglés hasta la tumba. Sus manos resultaron finas, muy cuidadas, su mirada profunda. Imaginé que era un hombre con rica vida interior.

—Wender, Mara me ha hablado de usted, de sus peculiaridades.

—¿No le ha dicho algo más? —pregunté tras mordisquear la punta del

cigarro, permitiéndome el lujo de escupir el sobrante sobre la lujosa alfombra pakistaní.

—Es muy importante para la empresa el que usted averigüe quiénes son los que nos extorsionan y desarticule la organización. Por supuesto, en el último instante, cuando usted esté seguro, pediremos la intervención de la policía pero no antes. Nos han amenazado con hundir un importante trasatlántico y creo que pueden ser capaces de ello.

—De momento será muy laborioso descubrir a los extorsionistas teniendo en cuenta que pueden estar en cualquier país.

—Debe existir alguien en la empresa que les informe.

—Sí, ya lo he tenido en cuenta, pero pasemos primero a saber si podemos aguantar unos días.

—¿Me está diciendo que ceda en este pago?

—Anteriormente ha cedido en cuatro ocasiones, ¿verdad?

—Sí, un total de cuatrocientas mil libras esterlinas que, para no involucrar a la empresa, he abonado de mi bolsillo. En la próxima ocasión, no sé si Mara le habrá informado de ello, piden doscientas cincuenta mil.

—Una cantidad muy subida de tono. Se podría comprar un barco con ella.

—En efecto, no un barco grande pero sí un barco. Sin embargo, la compañía se juega mucho más que un barco en este asunto. Es su supervivencia.

—Mara me informó de que usted pediría al consejo principal de accionistas de la empresa la medida de pagar esa suma.

—Sí, no me queda otro remedio. Será una tormenta. Todos pedirán la intervención de la policía antes de comprender que la situación es difícil, muy difícil.

—¿Piensa convencerlos?

—Si no lo hago, la empresa se hunde, téngalo por seguro. El pánico haría que todos huyeran de nuestra aseguradora y unos abogados listos, teniendo en cuenta que hay muertos de por medio, conseguirían que nuestros contratos quedaran rescindidos. En fin, se desencadenarían una serie de conflictos que hundirían a la empresa, pero eso no sucederá. Usted debe de sacarnos de este lío. Aquí, una tropa de agentes harían menos efecto que un solo y astuto investigador. Mucha gente corre peligro. Es demasiado sencillo ocultar una bomba de relojería en cualquier lugar estratégico de un trasatlántico con mil pasajeros a bordo. Luego, explota y mil vidas se pierden.

—No es a mí a quién tiene que convencer, míster Brown —le atajé en su exasperación y evidente malhumor. Después, añadí—: Una forma de dar con ellos es el contacto directo.

—¿En el momento de la entrega?

—Sí. Ese es el instante más valioso. Si damos con uno de ellos, seguro

que habla. Nosotros no tenemos la prohibición legal de inyectarle pentotal si se hace preciso.

—Sí —asintió más calmado—. Estoy de acuerdo con usted.

—Por lo que he podido observar, cualquiera de los miembros del consejo directivo de la empresa, no de los accionistas, ya que estos solo aportan su dinero, sino de los que dirigen en este edificio, puede sacar los datos necesarios para la extorsión.

—¿Cualquiera? Eso ya lo sabemos todos, señor Wender. No le pagamos por deducciones tan originales.

No me inmuté. Estaba acostumbrado a oír sarcasmos. La gente, al principio de mis investigaciones, no solía confiar en mí, claro que al final de las mismas todo eran felicitaciones y excusas. Me armé con mi acostumbrada paciencia ante el cliente y traté de llenar su estómago ulcerado con deducciones tal como él esperaba.

—Hay tres hombres a los que pienso vigilar con mayor atención que al resto.

—¿Sus nombres?

—Shekelton, el cajero; Lamban, de relaciones públicas y Larry Shalman.

—¿Es que siente especial manía por esos tres?

—Me ha parecido que ellos tienen más facilidad para obtener los datos que precisen. —Pensé que podía añadir la corazonada, pero me contuve. Míster Brown no entendería de corazonadas, diría que aquello era muy americano y poco inglés. Me mantuve en la ortodoxia y proseguí—: Existen pequeños detalles que he podido apreciar y que ahora no vienen al caso por los que habré de vigilar con mayor atención a esos tres hombres. Por supuesto, estrecharé el cerco de inmediato sobre el que vaya haciéndose más sospechoso, lo que no excluye a los demás, pero la base de la investigación, como dirían en Scotland Yard, es el momento de pagar a los extorsionistas. Si se captura al que recoge el dinero, asunto concluido, porque hablará, se lo garantizo.

Míster Brown suspiró.

—La verdad, su presencia aquí me inspira cierto alivio, pero hay que tener especial cuidado para que nadie averigüe su identidad y recelen de usted. Podrían tomar represalias y eso sería funesto para todos, especialmente para usted, Wender. Posiblemente lo matarían. En cuanto a sus tres sospechosos, la verdad, precisamente Shekelton el cajero es una excelente persona y un buen padre de familia.

—Le sorprendería saber cuántos padres de familia llevan una doble vida.

—¿Una doble vida, se refiere a adulterio?

—Sí, adulterio simple o adulterio múltiple, aunque las que verdaderamente agujerean los bolsillos son las mujeres únicas y jóvenes.

También están las drogas y el juego, este último ocupa un alto tanto por ciento en los desastres finales de hombres que eran considerados unos excelentes padres de familia como usted dice.

—Bien, bien, en este caso yo no puedo decir nada. Usted es el investigador pero, por favor, averigüe algo pronto, las horas transcurren aprisa y tendré que convocar una reunión urgente de altos accionistas. Me gustaría que usted me suministrara algunos datos para ofrecérselos. Los gritos van a ahogar las campanadas del Big-Ben.

—Trataré de tener algunos informes para cuando llegue ese momento.

Tras dar una ojeada al dictáfono, que tenía forma de libro encuadernado en cuero y que nada tenía que ver con la caja de marfil y plata que era el detector de emisores espías, me levante. La entrevista había terminado.

Ahora ya conocía a míster Brown y la misión me parecía francamente interesante. Sabía que si lo solucionaba y se daba a la publicidad aquel caso, mis colegas compatriotas iban a ponerse verdes de envidia y mi fama subiría como la espuma de un buen detergente.

CAPÍTULO IV

Aquella noche había quedado para cenar con Mara tras pasar un buen rato de la tarde charlando con ella y el capitán Lamban, el jefe de las relaciones públicas.

Con cautela, le había estado estudiando, pero aquel sujeto era listo, muy listo. No era precisamente de los que en la vida social se chupasen el dedo y fue él mismo quien nos sugirió a Mara y a mí que cenáramos solos, que él tenía que asistir a no recordaba qué embajada para cenar, luego repasaría su anotario para enterarse. Según comentó con sorna, si había gente del Este cenaría caviar y si americanos, langosta. De todas formas, terminaría tomando bicarbonato. Una vez al mes, langosta o caviar era lago excelente, pero cada noche, no había estómago que lo resistiera.

Me di un baño que me hiciera olvidar las caminatas por el edificio de la Insurances British y me puse una camisa impecable. Le di brillo a los zapatos con el colgante de una cortina del apartamento y vestí el otro traje de seda que había comprado en Hong-Kong, un tornasolado burdeos que entonces me pareció de otro color. Si alguien me echaba un *whisky* encima no iba a notarse la mancha.

Miré en derredor. Si Mara accedía subir a tomar una copa (yo procuraría que fuera algo más que eso) encontraría el apartamento en orden.

Bajé al garaje en el ascensor y silbando *Barras y estrellas* me dirigió al “MG” deportivo que tan amablemente habían puesto a mí disposición.

De súbito, de detrás de un “Morris” salieron dos sujetos apuntándome con sendas pistolas. Un buen conocedor de armas automáticas como yo sabía bien que aquellas no eran de plástico y los seguros estaban saltados.

—Miré los rostros de los desconocidos, melenudos y barbudos. Alcé las manos y sonriendo dije:

—Creí que el Flower Power no empleaba la violencia.

—No se haga el listo, yanqui —gruñó uno de ellos mostrando unos colmillos afilados como los de un perro. El melenudo no debía de ser vegetariano.

—La verdad, muchachos —no pasarían de los veinticinco años —nada tengo contra los *hippies*.

—Burgués asqueroso —me insultó uno de ellos.

Aquel *hippy* o *pseudo-hippy* intentó darme un fuerte empujón y el pobre debía de ser un autodidacta en cuanto a peleas se refería, pues rodó por el suelo con un aullido de dolor al encajar dos metódicos y ortodoxos golpes de karate de la más alta escuela. Se me había olvidado decir que era cinturón negro de judo y karate, tercer Dan en ambos cinturones.

El otro melenudo se puso nervioso y la pistola osciló en su mano. Por un instante pensé que era hombre muerto. De los ojos de aquella basura humana brotaba ira y temor a la vez.

Tenía el coche cerca y pensé que había la oportunidad de saltar sobre él, pelear un poco y librarme de ellos, pero ¿y si tenían algo que ver con los extorsionistas de la naviera? Era mejor seguirles un poco la corriente. Quizá ellos me condujeran a presencia de alguien interesante.

—Si vuelve a cometer otra tontería, lo mato —me advirtieron muy serios.

El que había rodado por el suelo recuperó su arma también caída y mirándome con sincero odio se puso en pie con la pistola por delante. Prefirió mantenerse a cierta distancia de mí, era más saludable para él. Por lo visto, yo era más peligroso y molesto que los piojos de su abundante y grasienta cabellera.

Al fondo del garaje un auto se puso en marcha y con la luz intensiva por delante rodó hacia nosotros. Los faros me cegaron y por un instante pensé que mi rostro quedaría como el de algún personaje célebre, editado en sello, tras pasarle el matasellos por encima, claro que a mí me quedarían las marcas de los neumáticos y sin fecha del estropicio.

El coche se detuvo y una cabeza que a causa de la luz no pude ver, gritó nerviosamente:

—¡Vamos, subidlo al coche antes de que nos sorprendan aquí dentro!

Empujado por las pistolas, fui introducido en el coche cuando por la espalda, alguien con mala 1... me golpeó la nuca y perdí el conocimiento.

Cuando comencé a tener conciencia de que no había casado al mundo de los muertos penetraba en una comuna *hippy*. Me habían puesto un impermeable encima para ocultar mis manos atadas a la espalda y me arrastraban como si fuera el campeón de los borrachos.

Vi algunos rostros femeninos, hermosos pero que me inspiraron pena. Escasa luz, mala comida y un hedor que ni una angosta jaula de tigres sin limpiar durante un mes olería peor. De no estar en Londres, ciudad altamente aséptica pese a lo vieja, habría temido que aquellos sujetos me contagiaran alguna enfermedad endémica.

Los tres tipos que me llevaban me hicieron pasar a un cuartucho. Una macilenta bombilla que colgaba del techo iluminó sus rostros barbudos.

El más joven de ellos tenía el ojo derecho semicerrado por las legañas y el que parecía mandar llevaba una camisa que un día fuera roja y que ahora resultaba marrón o algo por el estilo. Llevaba también un chaleco de piel de borrego que en vida olió mejor que él.

Me tiraron del palo, cosa que me molestó. Pensé en darle un puntapié en un lugar muy delicado, pero pensó que no era aquel el momento más oportuno para hacerlo.

—Con que ya estás dispuesto, ¿eh, yanqui? —gruñó el de la piel de borrego.

El otro observó:

—Tiene la cabeza dura.

El tercero, un sujeto más bien fornido, cosa que no comprendía, pues los *hippies* auténticos tenían dificultades con la comida, aseguró:

—Nosotros se la ablandaremos.

—Sí, eso es, pero ahora no hay tiempo. Lo encerraremos abajo y luego le daremos una paliza que cuando lo encuentren no se acordará ni de quién fue Washington.

—Mientras recuerde quién es la reina Isabel —bromeé.

—¿Todavía con sorna? —masculó el fornido.

—Escúchame, yanqui. En este país nos revienta que los extranjeros metan las narices en nuestros asuntos, por eso te vamos a ablandar.

—Uf, temí que iban a matarme.

Aquella respuesta no les gustó y palidecí ante un puñetazo que me propinaron en la boca del estómago.

—¡Esto te enseñará!

—No le golpees más, Frank, ya lo vapulearemos luego cuando todos duerman. Hay tiempo para todo.

Aún dolorido me atreví a preguntar:

—¿Acaso no existen relaciones diplomáticas decentes entre ambos países?

—Así es, yanqui, pero resulta que nos caes gordo.

—¿Quién os ha pagado para que me deis la paliza? —pregunté.

El de la piel de borrego se rió pero no respondió. Los otros dos le miraron interesados. A lo mejor querían saber cuánto cobraba por el trabajo y qué tanto por ciento les pasaba a ellos. Entre tiburones andaba el juego.

—Abajo con él.

Levantaron una pesada trampa de madera y me empujaron hacia el fondo, sin luz y sin tener en cuenta que no conocía el lugar.

Mientras caía tuve tiempo de pensar en mis huesos pero la altura, afortunadamente, no fue excesiva. La trampa se cerró sobre mí y me invadió la más absoluta oscuridad. Aquella fue la respuesta a mi pregunta.

Una rata chilló, molesta por aquella violenta invasión de su morada, lo

malo es que escuché a más ratas chillar y una de ellas, de considerable peso, a juzgar por la presión que noté, pasó por encima de mi pierna.

—Adiós traje de seda. Perra suerte la mía. Hasta que no vuelva de nuevo por Hong-Kong quizá pase mucho tiempo.

Me habían atado la muñecas con cierta solidez, pero no la suficiente como para que cogiera la gangrena si pasaba horas de encierro.

Estaba en un sótano, pero ignoraba dónde. Solo sabía que tenía a sucios *hippies* encima. No es que tuviera nada contra el Flower Power, pero aquellos tipos no me habían tratado muy acogedoramente.

Escuché unos instantes y oí agua correr. Por supuesto, un agua densa, un agua que tenía que ser forzosamente sucia, propia de una cloaca.

Allí habían cajas amontonadas y encontró una que era de lata y estaba abierta. Comencé a frotar las ligaduras contra ella y quedé libre no sin algunos rasguños en la muñeca, pero no era un novato y tuve buen cuidado de no cortarme las venas.

Ya libre y en la oscuridad, comencé a investigar a mi alrededor.

Por supuesto, el techo estaba demasiado alto para tratar de escapar por la trampilla y no me extrañaría que hubieran colocado un mueble encima para impedirme salir. A veces, un mueble resulta el más sólido y seguro de los cerrojos.

Me guíé por el oído mientras me acordaba de los tres tipos que me habían arrojado allí dentro. El repertorio de insultos de un automovilista quedaba ridículo comparado con lo que yo estaba pensando.

Bajo mis pies crujieron maderas. Al fin hallé una reja de unos tres pies de altura por dos de ancho. Por allí se escuchaba el ruido del agua y olía mucho a humedad.

Pensé que aquello podía conducir a un colector general. Londres, como ciudad muy antigua, debía poseer muchos pasadizos como aquel que en siglos anteriores utilizarían los fugitivos de la justicia o de cualquier otro posible perseguidor, entre ellos los siempre recalcitrantes acreedores.

Forcejeé, más la cerradura resistió. Sin embargo, era de lo más simple.

Saqué mis llaves del bolsillo y escogiendo la más larga, la introduje en el hueco de la cerradura. En un par de minutos de esfuerzo, el óxido saltó y el cierre también; la puerta de hierro se abrió franqueándome la salida.

Caminé unos pasos en la oscuridad y me ensucié los pies.

—Maldita sea, hasta los zapatos —mascullé malhumorado.

Por suerte no me habían quitado los fósforos. Encendí uno de ellos y vi que estaba en una galería de saneamiento, lo suficientemente grande como para escapar por ella. Me había librado de la paliza con que iban a obsequiarme.

Otro, en mi lugar, hubiera echado a correr pero yo tenía que dar una lección a aquellos mugrientos vagabundos.

Regresé al sótano y acumulé unas cuantas maderas preparando una

fogata grande, de forma que cuando las llamas crecieran no se quemara nada más. No era mi intención reducir el edificio a cenizas.

Prendí las maderas. Desaparecí por la reja y salí a la cloaca.

Avancé una veintena de pasos por ella, trepé por una escalera y tras un violento esfuerzo, logré levantar la tapa de hierro apareciendo en un callejón solitario:

Cerré la tapa de nuevo para que nadie fuera a hacer compañía a las ratas y busqué una cabina de teléfonos.

Tuve una gran satisfacción al comunicar a los bomberos que a pocas yardas de allí, pues estaba viendo el local, su calle y numeración, se había declarado un incendio en el sótano.

Me preguntaron quién era. Imité el chillido de una mujer y colgué.

Solo quedaba esperar. No tardé en escuchar el ulular de las sirenas de los bomberos en la tranquila calle. Sonreí al ver las mangueras. Una ducha no iría mal a aquellos tres indeseables que me golpearan en la nuca.

La solitaria calle no tardó en llenarse de gritos y de curiosos.

De la comuna *hippy* comenzaron a brotar los seres que allí habitaban, nadie desnudo, todos dormían vestidos. Chillidos, protestas y los bomberos hacia dentro con sus mangueras.

Un *hippy* desconectó una manguera en señal de protesta y se originó un surtidor. Más gritos e insultos. La policía no tardaría en llegar.

—¡Fuego, fuego! —gritó una chica.

Las ventanas de los edificios colindantes se abrieron. Más ojos curiosos y más insultos.

—¡Esos *hippies* del diablo, que los echen! —exclamó alguien.

Sus palabras fueron coreadas. Los de arriba insultaban a los de la calle y los de la calle a los de arriba. La había organizado buena y el humo brotaba del sótano, no cabía duda. Allí estaba el fuego, gritaron los bomberos.

Vi salir a los tres tipos que me secuestraran, parecían desconcertados. ¿Pensarían que me estaba abrasando vivo?

Se dijeron algo entre sí y se dispersaron. Fui tras el de la piel de borrego que se refugió en un callejón para ver el incidente desde lejos: Me acerqué a él por la espalda, colocándole el índice en los riñones a modo de pistola y le advertí con mi voz más amenazadora:

—Te voy a matar, condenada rata.

Volvió su rostro para verme, reconociéndome asustado. Acerqué mi cuerpo hacia él para que no se diera cuenta de que lo apuntaba con un dedo.

—No, no, aguarde, yo no iba a matarle...

—Vamos, dime quién te pagó.

—No me matará, ¿verdad?

—Si hablas, no. Las ratas de baja estofa como tú no me interesan.

—Usted, usted ha provocado el fuego.

—Sí, y será una lástima que no arda todo ese nido de chinches. Ahora, habla o me pongo de malas.

—No conozco al tipo que me pagó.

—¿Cuánto?

—Cien libras.

—No está mal por una paliza.

—Yo no hago esto frecuentemente, pero me hacía falta dinero.

—Cierra la boca. Habla cuando te pregunte.

—Sí, sí.

Lo empujé hacia la parte más oscura del callejón. Podía darle una paliza con facilidad, él no era un especialista japonés en la pelea, pero ya que lo tenía asustado y parecía dispuesto a hablar, no quería forzar la situación. Después de todo, aunque le aplastara la cabeza, no iba a recuperar mi traje de Hong-Kong ni mi noche con Mara.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¡Mientes!

—Le juro que no lo sé. Me abordó en el Simeón.

—¿El Simeón es un club?

—Sí, está cerca del río. Allí acude mucha gente.

—Por lo menos dime cómo era.

—Algo más bajo que usted.

—No es mucho detalle. Sigue.

—Rubio, muy rubio y escocés.

—¿Edad?

—Veinticinco o veintiocho años.

Suspiré. Ninguno de los tipos que conocía en la Insurance British Navy cuadraba con aquella edad.

—¿Qué crees que era ese tipo?

—Aunque todavía hace calor, llevaba un jersey de cuello alto, como los deportistas o los marineros.

“Como los marineros...” Aquella parecía una buena pista.

—Sí, sí, un escocés de unos veinticinco años. Rubio, estatura media y aparentemente marinero.

—¿Y qué interés tenía ese tipo en mí?

—No me lo dijo. Yo cogí el dinero y ya está.

Lo cacheé. Encontré el fajo de billetes británicos y me lo llevé.

—Para el tintorero —le dije, añadiendo—: Pasaré por el Simeón y si te veo allí, te doy la paliza más grande de tu vida. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí —masculló malhumorado, quizá más por el dinero evaporado que por estar apuntándole con mi dedo, por aquello de que era uno de los amantes de la paz y repudiaba el dinero.

Le propiné un calculado golpe de kárate y lo envié al mundo de los sueños por un buen rato.

Allí ya no tenía nada que hacer y los bomberos tampoco porque ya estaban recogiendo sus equipos. El fuego había resultado pequeño, quizá una broma, pero seguro que habrían mojado unas cuantas cosas con sus mangueras. A ellos tampoco les simpatizaban aquellas comunas, verdaderos cultivos de toda clase de males y enfermedades.

Un taxi me condujo de nuevo a los apartamentos.

Subí en el ascensor dispuesto a ducharme otra vez; debía de apestar a rata.

—Hola, Jail. Comenzaba a estar preocupada por ti —me saludó Mara, ansiosa.

—Ignoraba que tuvieras una llave del apartamento —le dije cerrando tras de mí.

—Dios mío, ¿qué te ha sucedido? —preguntó al ver mi aspecto.

—Poca cosa. Ésos tipos de la extorsión ya se han dado prisa en conocerme. La pena es que me han puesto hecho una lástima, estropeando mi noche contigo.

—No te apures, Jail, estoy aquí.

—Magnífico. Voy a ducharme y tú pide la cena por teléfono.

—Sí, enseguida —asintió Mara.

Se volvió para coger el teléfono y pude ver sus caderas y lo que seguía hacia abajo. Eran superiores, y al inclinarse más, todo un mapamundi llenó mis ojos. Me quité la chaqueta y pensé que, después de todo, la noche no se había perdido aún.

CAPÍTULO V

Mistar Brown miró desconcertado y preocupado a la vez a su fiel secretaria Mara Bryan.

—Pero ¿cómo han podido descubrirle?

Mara, cerca de la butaca en la que me había dejado caer y desde la cual podía observar su escultural belleza, respondió:

—No lo comprendo. He tomado toda clase de precauciones.

Decidí que era el momento de intervenir.

—Puede que alguien escuchara nuestra conversación, míster Brown.

—Imposible —denegó con energía.

Señalé la cajita de marfil y plata.

—¿Se refiere a que habría detectado cualquier micrófono indiscreto?

—En efecto.

—Es posible —admití—, pero también es posible que hubiera alguna forma de escuchar sin tener que hacer uso de un emisor. Quien pueda estar sacando los datos de la compañía debe conocer sus costumbres, míster Brown, en especial el detector de esta mesa.

Me miró preocupado, pensativo.

—¿Oree que podrían utilizar un micrófono con cable de larga distancia y situar el emisor en otra dependencia o en la misma calle?

—No es un absurdo pensarlo —opiné—. Ese medio se ha utilizado en múltiples ocasiones.

—Ese medio es bastante antiguo y malo.

—Pero a veces resulta realmente eficiente.

—Se vería el cordón. —Antes de que yo objetara nada, míster Brown volvió a abrir la boca para añadir—: Por ejemplo, el dictáfono. Yo hablo por él, pero los cables salen a través de la mesa y después por un tubo situado bajo el parquet y...

—¿El dictáfono?

Como si se hubiera encendido una bombilla dentro de mi cabeza, me puse en pie casi de un salto. Tomé el dictáfono, un modelo muy caro y complicado con una caja especial imitando un libro. Saqué un

destornillador de un pequeño estuche y comencé a desarmarlo ante la estupefacción de mister Brown y la curiosidad de Mara, quien ya no me miraba tan de arriba a abajo, sino con admiración. Yo ya conocía bastante bien la miel de sus labios.

No era un experto en electrónica ni mucho menos, pero un vistazo sí podía darlo.

—¿Qué hace? Va a estropearlo —protestó mister Brown.

La caja quedó desarmada y mi mirada, lega en electrónica, se clavó escrutadora sobre aquellos cables. Hacía falta ser tonto para no ver que había uno de más, conectado directamente al micrófono sin pasar por el teclado.

—¿Y esto qué hace aquí? —pregunté.

Mistar Brown se encogió de hombros.

—Es como si me preguntara qué hace una determinada lámpara dentro de un aparato de televisión.

—Llame a la casa constructora de estos aparatos y que manden a un técnico enseguida. Pronto saldremos de dudas. Tengo la impresión de que le han estado escuchando durante largo tiempo, mister Brown.

—No me diga que escuchaban a través del micrófono de mi dictáfono...

—El técnico que venga nos lo aclarará, pero creo que puedo anticiparle que sí.

—Es absurdo. Ese dictáfono no funciona si no se aprieta la tecla oportuna.

Aguardamos a que el técnico de la empresa constructora nos sacara de dudas. La empresa era eficiente y vinieron casi de inmediato.

—En efecto, este cable no tiene por qué estar aquí. Ha sido colocarlo de más y por un chapucero, porque la soldadura en el micrófono...

—No nos interesa si es un artista o no el soldador que ha conectado ese hilo. Lo que queremos saber es adonde puede ir a parar el cable —dije cortando su tecnicismo.

—Pronto lo sabremos.

Sacó de la cartera un plano con el esquema de la firma. Siguió el cable hasta una caja de conexiones que había en la pared y allí quedó perplejo.

—Parece que han hecho un orificio en la pared y lo han introducido por ella. Todo esto no consta en el esquema.

—Bien, creo que sus servicios aquí han terminado —le dije—. Quite el cable del dictáfono y móntelo de nuevo. Creo que a mí me sobraría algún tornillo.

—Parece que tenía usted razón, Wender —admitió mister Brown. Encarándose con el técnico le preguntó—: ¿El micrófono funciona con ese cable, sin oprimir tecla alguna?

—Tal como está cruzado, sí. Todo lo que se hable delante del micrófono puede escucharse al otro extremo del cable.

El rostro de míster Brown se ensombreció.

Cuando estuvimos solos le dije:

—Por lo visto, no ha sido suficiente un detector de emisores en su despacho. Ahora, veamos. ¿Qué hay al otro lado de esa pared?

—El vacío —dijo Mara categóricamente al mirar por una ventana.

Con riesgo de mi físico me asomé al exterior y vi que además del vacío existía un canalón de desagüe. Pude comprobar que el hilo se introducía en él. ¿Adónde iría a parar?

Se podía pensar que hacia arriba o hacia abajo. Parecía un trabajo perfecto, pero no era nada fácil, con poco tiempo, tirar un hilo hacia arriba y sí bastante sencillo tirarlo hacia abajo. Me decidí por la segunda opinión.

Seguido por Mara y míster Brown, algo más distante, bajé a una terraza situada cuatro pisos más abajo y a la que solo daban ventanas. Allí no se podía salir. Seguramente, aquella terraza quedaría sobre algún vestíbulo.

Junto al canalón descubrí una caja atornillada a la pared. Tal como sospeché, el hilo salía del interior del canalón; había acertado.

—Esta es la caja.

—¿La caja de qué? —inquirió míster Brown.

Con mi navaja múltiple la desarmé y de su interior sacamos un emisor bastante potente, alimentado con pilas de mercurio cuadruples.

—Diablos, han hecho un buen trabajo —admitió míster Brown.

—Sí, y lo malo es que a partir de aquí ya no podemos continuar. Este emisor cubrirá un radio de una milla, descontando las sombras de algunos edificios. A través de cualquier ventana, aun de este mismo edificio, se puede captar todo lo que el emisor envíe y lo que enviaba, por supuesto, era cuanto se hablaba en su despacho.

—Wender, creo que estoy en deuda con usted —admitió Brown.

Por un momento pensé en una gratificación extra al final del caso. No era muy materialista, pero a Mara le gustaría más un brillante auténtico que otro de imitación.

—Míster Brown, mande efectuar una revisión total de su despacho. Pueden haber más artilugios de este tipo.

—Por supuesto que lo haré e incluso ordenaré instalar cerraduras especiales para que nadie pueda entrar a colocar aparatos de este tipo. No comprendo cuándo los han puesto, de día es imposible y de noche hay vigilantes altamente especializados.

—No sé cómo lo habrán puesto, lo importante es averiguar quién lo ha puesto. Ahora, creo que es momento de alimentar el estómago, ¿no te parece, Mara?

La joven asintió con la cabeza. Ella tampoco era partícipe de la línea “alambrito” y gracias a eso estaba imponente.

Mara y yo cambiamos algunas impresiones sobre lo descubierto

mientras yo pensaba que había de resultar muy peligroso casarse con ella. El aumento demográfico estaba asegurado y un investigador privado cargado de niños me parecía horrible, pero ¿quién iba a resistirse si ella daba un sí?

Había poca gente en el restaurante de la empresa. Nos sentamos el uno frente al otro en una mesita pequeña donde las cuatro rodillas se tocaban.

Estiré mi mano para coger la suya, pero la mano no estaba y la pierna sí. Mara me sonrió. “Jail, Jail, que te quemas”, pensé.

—¡Señor Wender! —llamó un camarero desde el final del mostrador.

Carraspeé molesto, soltando lo que tenía cogido con mi mano.

—¿Quién me llama?

—Al teléfono.

A través del auricular pude escuchar la voz excitada de míster Brown.

—¡Wender, Wender! ¿Me oye?

—Sí, sí, le escucho —respondí con ligero fastidio.

—Acabo de recibir una nota.

—¿Una nota, de quién? —pregunté estúpidamente aunque lo suponía.

Mis ojos estaban clavados en el rostro agraciado de Mara y en sus maravillosas piernas que seguían debajo de la mesa.

—De los extorsionistas.

—¿Qué sucede, es distinta a las otras?

—Suba a mi despacho. Quiero que la lea.

Me acerqué a Mara y le dije:

—Ahora regreso. Tu jefe quiere decirme algo urgente.

Ella me miró con los labios entreabiertos y no pude por menos que inclinarme a besarlos pero, coqueta, Maraladeó el rostro. ¿Jugaba al gato y al ratón para hacerse desear más ardientemente?

Cuando ella volvió la cabeza, yo ya estaba llegando a la puerta de salida.

Míster Brown me mostró una clásica carta de extorsionistas anónimos o chantajistas. Papel en blanco y pegadas en el con meticulosidad, letras recortadas de distintos periódicos para que no se diera con la identidad de uno solo de ellos.

—¿So da cuenta de lo que dice?

—Sí —admití tras leer la nota en la que se pedían las doscientas cincuenta mil libras para dentro de dos días. El yate saldría en la noche, recibiría instrucciones a última hora como siempre y la coordenada exacta en alta mar. Además, advertían que se deshiciera de mí si no quería represalias.

—Creo, míster Brown, que la situación se ha puesto algo más fea.

Se derrumbó en una de las butacas.

—Sí, muy fea. Doscientas cincuenta mil libras esterlinas para pasado mañana es una cantidad exorbitante. Yo no la tengo.

—Bueno, esa cantidad se exige a la compañía, no a su cuenta corriente particular.

—Es cierto, y no me queda otro remedio que convocar una reunión urgente de los principales accionistas.

—Considero que es lo más oportuno y posiblemente daremos caza a esos extorsionistas la noche de la entrega.

—¿Se ve usted capaz de ello?

—Eso corre de mi cuenta, míster Brown, pero ya que estoy controlado, ya que alguien sabe exactamente quién soy, será mejor que no venga por aquí.

—Sí, pero a los principales sospechosos deberá continuar vigilándolos. Por cierto, hoy no se ha presentado Shekelton, el cajero general. Acaban de informarme.

—Lo tendré en cuenta.

—Averigüe su paradero. Me siento como acorralado, rodeado de enemigos ocultos.

Suspiré.

—Tiene toda la razón al pensar así, míster Brown. Prepare su reunión. Al fin caerán, Jail Wender se lo promete.

—Eso espero, pero no olvide que estuvieron a punto de matarle por cien libras.

—Así es. Iba confiado porque creí que no se me conocía, pero ahora es distinto. Le he dado cuerda a mí sexto sentido y le aseguro que el instinto de conservación es bastante fuerte en mí.

—Bien. Mañana, sobre las once, trate de estar aquí, pero hágalo de forma que nadie pueda reconocerle. No quiero que se tomen represalias. Confío en que sabrá pasar inadvertido.

—Delo por descontado. Mañana a las once nos veremos para hablar con sus principales accionistas. Estoy convencido de que solo ofreciéndoles la carnada del dinero lograremos atrapar a esos tipos.

Apesadumbrado, pero algo más aliviado por mis palabras, dejé a míster Brown solo en su despacho.

En el restaurante ya no estaba Mara y, por supuesto, sus hermosas piernas tampoco.

CAPÍTULO VI

En la vivienda particular de David Shekelton, cajero general de la Insurances British, me recibió una empleada doméstica con gesto sombrío. Inmediatamente adiviné que algo malo ocurría.

—¿El señor Shekelton?

—Ha muerto —me dijo lacónica.

—¿Cómo? —exclamé más por quedar bien que verdaderamente sorprendido.

—Acaban de telefonear a la señora que el señor ha muerto y está en la Morgue.

Pensé que mejor era sacar los detalles suplementarios del natural que a través de la empleada doméstica y a bordo del veloz “MG” me dirigí a la Morgue londinense, un lugar nada grato de visitar, especialmente si se iba con los pies por delante.

Hablé con el empleado de recepción y este me mostró a una mujer que lloraba silenciosamente sentada en un banco. A nadie se le había ocurrido pensar que para llorar se estaba más cómodo en un mullido sofá.

—¿Señora Shekelton?

Ella alzó sus ojos húmedos para mirarme.

—¿Policía?

Negué con la cabeza.

—Amigo de míster Brown.

Ella asintió con la cabeza cómo admitiendo mi compañía. En sus buenos tiempos aquella mujer debió de ser una bollera y todo su rostro inspiraba lealtad. Me compadecí de ella.

—¿Cómo ha sido?

—Accidente de automóvil.

—¿Muerte instantánea?

—Sí. Ha chocado contra otro turismo y mi esposo, ya destrozado, ha ido a parar al Támesis de donde lo han sacado.

—¿Ahogado?

—He tenido que firmar la autopsia forzosamente. Al parecer ya estaba

muerto al caer al agua. El encontronazo ha sido muy violento, los dos coches han quedado muy mal.

—¿Y el otro conductor?

Antes de que pudiera responder apareció un sargento de Scotland Yard al que tuve que explicar que era norteamericano y amigo de Shekelton y de la empresa en que trabajaba.

El policía, al estar delante de la esposa del occiso, explicó:

—Suponemos que el otro vehículo era conducido por un ladrón habitual.

—¿Un ladrón? —inquirió ella, sorprendida.

Yo estiré mis orejas.

—Sí, un ladrón habitual porque el auto era robado. El otro chófer, por lo visto, no sabía conducir muy bien, pero tuvo la precaución de ponerse un magnífico cinturón de seguridad que portaba el coche y ello le ha salvado la vida, lo malo es que se dió a la fuga de inmediato y no hemos conseguido localizarle.

—Por lo menos tendrán su descripción —dije, tratando de averiguar algo más.

—Llevaba un casco de motorista y tendría entre veinte y treinta años, estatura mediana. Poca cosa para identificarle —admitió el policía.

Pensé en el escocés, claro que su pelo rubio no podía verse a causa del casco, pero ¿por qué llevar casco? Era obvio, casco, cinturón de seguridad y coche robado, todo encajaba. Aquel accidente había sido provocado por un profesional que estaba seguro de escapar.

Evidentemente, había participado en choques estudiados. Podía ser un especialista en el mundo del cine, piloto de pruebas o algo por el estilo, lo cierto es que resultaba un tipo duro, arriesgado y temible.

Se había lanzado contra el coche de Shekelton para destruirlo y enviarlo al río, causándole una muerte segura. ¿Por qué? Aquella pregunta no pude responderla.

—¿Quiere usted pasar a reconocerle?

Acepté más por formulismo que por auténtico interés.

El desgraciado David Shekelton había quedado destrozado. Sobre un mármol esperaba a que le hicieran pedazos un poco más en la autopsia.

Esperaba no tener que seguir su mismo destino, pero ¿por qué lo habrían matado? ¿Acaso no querían darle su parte, acaso ya no hacía falta como conexión dentro de la Insurances British? ¿Sería él quien facilitaba los informes, habrían pensado que ya era un peligro?

Dejé de mirar aquel rostro sin sangre ya, pero destrozado y abandoné el depósito. Allí olía mal, no a cadáver, pero sí a fórmico y fenol. Decididamente, aquel no era mi paraíso.

Pasé con el coche por el lugar del accidente.

Allí, la carretera bordeaba el río en una curva. Un lugar ideal para

provochar un choque. Posiblemente habían estudiado que Shekelton pasaba por allí todos los días a determinada hora. Solo había que esperar. Quizá habían hecho el trabajo entre dos, comunicándose mediante radios portátiles. Uno aguardaba a que la víctima pasara y lo comunicaba al compañero. Este se ponía en marcha a una velocidad calculada y el encuentro se realizaba en el sitio fatídico. Después, se soltaba el cinturón, salvada la cabeza por el casco, y se lanzaba al asfalto. Corría en medio de la confusión y en un callejón cercano, el cómplice le recogía en su auto. Ambos desaparecían disolviéndose en la macrociudad capital del Reino Unido.

Todo se complicaba. ¿Sospecharía Scotland Yard de asesinato alevoso y premeditado? Posiblemente, no. Lo considerarían homicidio involuntario y si apresaban al culpable iba a pasarlo mal, varios años en la cárcel, pero la investigación sería rutinaria.

Un montón de ideas comenzaron a bullir en mi mente. Debía de investigar mejor a otros personajes. Por supuesto, aquel escocés rubio era una pieza clave en el complicado juego. Si pudiera echarle el guante se aclararía todo, pero en una ciudad de casi una docena de millones de habitantes aquello era una utopía.

Torcí mi volante en dirección al apartamento.

Me esperaba un trabajo rutinario y oscuro pero metódico, que a la larga también solía dar buenos resultados. Además, tenía que consultar algunas notas que había ido tornando sobre la marcha.

Llamé por teléfono a míster Brown para comunicarle la muerte de Shekelton, pero no estaba en su despacho. Pensé que ya le habrían dado la desagradable noticia y estaría visitando a la viuda.

Aquella noche no vi a Mara ni pude localizarla por teléfono.

Cuando al día siguiente me presenté en el edificio de la Insurances British Navy me tomaron por un viejo marino mercante. En un ropavejero me había comprado todo un equipo de lobo de mar. Posiblemente creyeron que iba a solicitar una póliza para un barco tan vetusto como mi aspecto daba a entender.

Casqué mi voz. Incluso, había pintado arrugas en mi rostro.

Vi a Mara en el vestíbulo cuando se dirigía al ascensor y cojeando me acerqué a ella.

—Por favor, señorita, ando buscando a míster Brown. Su padre fue amigo mío, se lo dice de veras este marino que ha viajado tanto por los siete cochinos mares que tiene este no menos cochino planeta Tierra.

—Caramba, capitán, para usted todo es cochino.

—Sí, unos ojos como los míos han visto tanto, que una boca como la mía puede decir muchas cosas —le dije enfático tratando de romper mi voz al máximo. Esperaba que mi bigote y barba cana no se despegaran de mi epidermis finamente rasurada.

—¿Sabe, capitán? Tiene unos ojos preciosos y me recuerdan a alguien.

—Seguro que le recordarían a mí mismo si tuviera cuarenta años menos. ¡Estás de miedo, cariño!

Mara quedó sorprendida. Dudó entre ofenderse o no y optó por echarse a reír.

—No le faltan los ímpetus a su vejez, capitán.

—¡Cómo me hubiera gustado cenar contigo la pasada noche! Seguro que me olvido del bistec y te muerdo a ti.

—Calma, abuelo, calma. Mejor visita una farmacia para que le den un calmante.

—Mejor me llevas tú a la sala de conferencias —añadí ya con mi voz normal.

Ella, que había estado sonrojada por un instante ante el atrevimiento del que consideraba un viejo verde, quedó sorprendidísima. Tuvo que taparse la boca para contener una exclamación.

—¡Jail, no es posible!

—Vamos, vamos —volví a romper mi voz—, no sé de qué te extrañas. En mi profesión hay que saber hacer de todo. Ahora, cógeme del brazo. Que se rían las chicas y me envidien los hombres. Cogerme a ti es cogerse al placer.

—Por todos los diablos, Jail, vienes muy inflamado hoy.

—He pasado la noche solo —respondí algo agrio.

Subimos en el ascensor reservado para altos jefes en el que no había ascensorista y al llegar al piso de ejecutivos, tuve que arreglarme el bigote y la barba. Mara se dio un ligero toque de maquillaje en las mejillas aunque realmente no lo necesitaba, las tenía encendidas y sus ojos estaban cálidos, quizá algo turbados. Evidentemente, le hacía efecto.

Me dejó en una salita pequeña con dos puertas.

Aguardé paciente y al fin se abrió la puerta por la que no había penetrado Mara. Apareció míster Brown en persona que me observó perplejo.

—¿De veras es usted Wender?

—¿No me pidió que no me reconocieran? Pues, aquí estoy.

—Tengo que felicitarle, es todo un actor. Puede confundir a quién quiera.

Me hizo pasar a la sala de juntas que ya conocía y en la que estaban reunidos los principales accionistas. Los rostros que allí, estaban eran desconocidos para mí y no precisamente cordiales ni sonrientes.

—Caballeros, aquí está Jail Wender, el investigador privado norteamericano que se ocupa del caso.

Alguien opinó en voz alta:

—Pues no ha hecho mucho en el tiempo que lleva aquí.

Miré a míster Brown y éste carraspeó.

—de contarles todo lo ocurrido, incluso que trataron de golpearle y que ha descubierto el hilo dentro de mi despacho.

Me arranqué la barba y el bigote. Estiré mi cuerpo y puse gravedad en mi voz al decir:

—¿Conocen ya lo ocurrido a Shekelton?

—Sí, he comunicado su muerte a consecuencia de un accidente automovilístico —admitió míster Brown.

—Caballeros, Shekelton no ha muerto de accidente. Ha sido asesinado.

Murmullos y comentarios entre todos, la sorpresa era grande. Míster Brown, también extrañado, me preguntó:

—¿Está seguro? La policía no ha dicho eso.

—Pero yo sí y sé quién realizó el asesinato. Fue un hombre muy profesional y arriesgado. —Explicué todas mis deducciones y terminé diciendo—: Nos las tenemos que ver con unos asesinos extorsionistas muy preparados y peligrosos. No dudan en matar y cumplirán sus promesas si no les entregan ustedes el dinero que piden.

—Pero si les damos el dinero, continuaremos estando bajo su poder —observó alguien.

—Es cierto —admitió míster Brown—. Yo mismo he pagado ya cuatro veces de mi dinero particular. No estaba obligado a hacerlo pero he tratado de salvar a la empresa. Ahora, ya no puedo más. Quizá haya suerte y esta sea la última vez que todos sufrimos la extorsión. La entrega del dinero será la oportunidad para capturarlos.

—Yo propongo avisar a Scotland Yard —observó uno de los accionistas.

—Es inútil —dije—. Las entregas se efectúan en aguas internacionales. He estudiado las entregas anteriores y Scotland Yard nada podía hacer. Además, esa gente está preparada para volar uno de los barcos asegurados por ustedes, ignoramos en qué país y la policía continuaría sin poder hacer nada.

—¿De modo que estamos atados de pies y manos y a merced de esos criminales sin escrúpulos? —preguntó sir Hataway, uno de los principales accionistas de la firma.

—Así es —admitió míster Brown.

El pesimismo coronó la reunión y me pareció que debía darles una dosis de optimismo. Después de todo, estaba cobrando por liberarles de aquel asunto.

—Les prometo que terminaré con esos tipos y no perderán su dinero, aunque tendrán que arriesgarlo, claro.

Sir Hataway, más eufórico, dijo:

—Si eso fuera cierto, sería la salvación para la firma, para todos nosotros. Ignoro lo que le pagan por la investigación, míster Brown nos ha dicho que está usted altamente preparado para este caso y que ha sido elegido meticulosamente. Si de veras captura a esos hombres y consigue

que no perdamos la suma expuesta, o sea, las doscientas cincuenta mil libras, propongo que como premio se le dé el diez por ciento.

La nuez bailó en mi garganta. Aquello era lo legal, pero no esperado por mí. Veinticinco mil libras, aparte de los mil dólares diarios, libres de gastos, estaba resultando una fortuna. A mi regreso a Los Ángeles, si es que todo iba bien, podría montar un nuevo despacho para recibir a los clientes. Fantástico, todo iba viento en popa, solo había un problema: los extorsionadores ganarían mucho más que yo si se salían con la suya y tratarían por todos los medios de que yo no obtuviera la victoria en aquel juego.

Todos aceptaron la propuesta de sir Hataway. Mister Brown me felicitó deseándome suerte. La verdad es que iba a necesitarla.

Abandoné el edificio con mi barba, mi cojera y mi voz rota. Nadie debía reconocerme a la puerta. Mara, dentro de un “Jaguar”, me esperaba.

—Por favor, capitán, suba, yo puedo llevarle —dijo bromeando.

El “Jaguar” salió disparado.

—Creo que ahora ya puedo quitarme el disfraz.

—La verdad, Jail, el uniforme de marino te sienta muy bien.

—Pues lo he llevado durante largo tiempo en la marina de Estados Unidos.

—Era un buen empleo. ¿Por qué lo dejaste?

—Se me planteó un problema. O era más disciplinado o debía abandonar el Cuerpo.

—Y abandonaste el Cuerpo —afirmó más que preguntó la muchacha.

Un semáforo rojo surgió de repente. La velocidad era grande y los neumáticos chirriaron dejando su huella en el asfalto. Una vieja que iba en un taxi que quedó detenido paralelo a nosotros protestó:

—Qué escándalo y en plena calle.

Por supuesto, se refería a Mara y a mí. La luz se puso verde ante nosotros, pero hubieron de tocarnos los cláxones para que nos percatáramos de ello. El “Jaguar” tornó a rugir por las calles de la oscura y grisácea Londres.

CAPÍTULO VII

En las siguientes horas estuve muy atareado.

Me puse en contacto con un compatriota de color, Noa Grandor, que ejercía la Medicina en Londres. También recibí la llamada de un colega británico al que había encargado unas averiguaciones de rutina. Todo estaba dentro de mis planes.

Pasé a recoger los equipos de inmersión y por el taller de un cerrajero. No tenía un minuto que perder.

Se acercaba el momento de partir. Apenas faltaban cuatro o cinco horas para zarpar en el yate y entregar a los extorsionistas las doscientas cincuenta mil libras que exigían a la aseguradora naval británica.

—¿Adónde?

A la pregunta del taxista respondí con la dirección de la Insurances British, adonde no tardé en llegar.

Había bastante tráfico en la calle. Era céntrica y su circulación, densa.

Sin barbas ni uniforme de viejo marino, entré en el edificio. Me tomé un *whisky* en la cafetería, di dos vueltas por el vestíbulo, me fumé un cigarrillo en un sofá sin un triste periódico que me ocultara a las miradas indiscretas y después subí al piso de ejecutivos.

Pude darle un beso a Mara en los labios y esta me miró sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—Besarte. ¿Te parece poco? —le pregunté—. Algunos darían mucho por conseguirlo.

—Tonto, pero ya sabes que te han reconocido.

—Todos podemos cometer torpezas.

Le di una palmada en una de las redondeces de su suave anatomía y me alejé. Pasé por la sala de juntas y por el amplio secretariado de dirección. Míster Brown iba a sacar humo por las orejas pero yo seguía mi ruta.

En el gran vestíbulo encontré a Thomas Gregory Lamban, el marino jefe de relaciones públicas.

—Magnífico, no podía tener más suerte.

Casi me di de bruces con él. Le sonreí y él me saludó efusivo.

—¿Adónde va, señor Wender?

—A tomar algo a una cafetería cercana que me han recomendado.

—Hace bien. Los platos combinados del restaurante de la empresa no valen nada, pero no se le ocurra decir que ha sido Lamban, el hombre de las relaciones públicas, quien se lo ha dicho.

Le di un poco de conversación y le pedí que me acompañara a tomar un *whisky*, que tenía algunas cosas que consultarle y que me serían de gran utilidad en mi puesto de Hong-Kong.

Algo le conté de que tenía allí un magnífico apartamento servido por cuatro chinitas, cosa que a él le gustó e incluso llegué a decirle que podría estar con él cuanto tiempo quisiera. Lo importante es que lo saqué a la calle. Miré la hora disimuladamente. Le estreché la mano efusivo y le di las gracias por nada, pues en nada me había ayudado.

Convencido de que debía parecerle idiota, salté de la acera sonriéndole, siempre dándole la cara.

Chirriaron los frenos de un turismo, un claxon sonó estridente. Se armó la confusión y noté en mis piernas el contacto del parachoques del automóvil. Me dejé caer al suelo en medio de gritos estridentes.

—¡Mis piernas, mis piernas, me han roto las piernas!

El griterío fue inmenso. Múltiples comentarios y alguien dijo:

—¡Pobre desgraciado!

Por supuesto, se referían a mí y yo tuve que poner mucho calor en mis gritos para rodearme de miradas conmiserasivas y también, por qué no, de algunas de satisfacción. Sádicos espontáneos los había en todas las partes del mundo.

Uno de los primeros en llegar junto a mí fue el capitán Lamban, preocupado.

—Wender, ¿qué le ha pasado?

—¡Mis piernas, me han partido las piernas!

Efectivamente, las piernas me dolían, pero era de mantenerlas torcidas en difícil y absurda posición.

Del interior del automóvil, en cuyo parabrisas podía leerse la palabra “Médico”, salió un negro alto, espigado, con frente despejada y ojos inteligentes. Su acento le catalogaba de inmediato como norteamericano.

—Por favor, por favor, yo cuidaré de él, soy médico. Ayúdenme a instalarlo dentro del automóvil.

Alguien masculló:

—Negro asesino... ¿Adónde iremos a parar con tanto negro en casa?

El galeno de color ni le miró; estaba acostumbrado a expresiones semejantes.

—¿Adónde le lleva? Hay que curarlo pronto —advirtió Lamban.

Varias personas brotaron del vestíbulo del edificio de la aseguradora, ya que el accidente había ocurrido delante de la puerta general.

El médico sacó una tarjeta que entregó al marino.

—Si conoce a algún familiar o amigo suyo, este es mi teléfono. Yo he causado el accidente y yo le curaré, me siento responsable.

Antes de que a nadie se le ocurriera avisar a una ambulancia, fui cargado en el coche-caravana, por cierto, un modelo bastante caduco.

Estaba seguro de que la noticia correría rápida por la Insurances British, al menos entre sus miembros ejecutivos.

Mi compatriota tenía un apartamento bastante pobre. Por lo visto, en Londres no les iba muy bien a los médicos de color.

Cerró la puerta, me miró y preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—Esperar, solo esperar.

—¿Se da cuenta de que puede meterme en un aprieto?

—¿Por qué? Usted no ha firmado ningún parte conforme tengo las piernas rotas —dije sacando mi paquete de cigarrillos para fumar uno de ellos.

—No, pero las autoridades pueden complicarme la vida y, la verdad, estoy de interno en un hospital para poder regresar especializado a Estados Unidos. Allí me es más difícil la especializaron en osteología.

—Vamos, vamos, no se lamentará de hacer un favor a un compatriota en apuros, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Nadie hace favores por mí.

Saqué un billete de cien libras y se lo tendí. Lo cogió y ni me dio las gracias. La verdad, no tenía por qué dárme las, pero él ya no tenía motivo de queja.

Me senté cerca del teléfono y aguardé.

—Tengo que marcharme —dijo el joven y alto médico negro.

—En ese caso, váyase, la obligación ante todo. Yo me quedaré aquí dos o tres horas, no lo sé y no vaya a preocuparse —dije mirando en derredor—. No posee nada que pueda robarle.

Noa Granger sonrió. Me tendió la mano y dijo:

—Es bueno que los paisanos nos ayudemos cuando estamos fuera del país. Si tiene algún otro aprieto, acuérdesse de mí.

—O.K. —respondí.

Me dejó solo en su cuartucho y pensé que era un tipo formidable. Lo estaba pasando mal para conseguir un futuro mejor. Muchos hombres como él hacían falta en Estados Unidos.

Fumaba el tercer cigarrillo cuando sonó el timbre del teléfono. Lo descolgué, me oprimí la nariz entre los dedos pulgar e índice y respondí con voz de fémina impertinente y vieja:

—Aquí la clínica del doctor Granger, diga.

Al otro lado del hilo escuché la voz de Mara.

—Por favor, señorita, quiero hablar con el señor Jail Wender. Acaba de sufrir un accidente de automóvil. Creo que ha resultado afectado en las piernas.

Mara parecía muy angustiada y sentí dos sentimientos contradictorios. Uno de placer al ver que ella sufría por mí y otro de remordimiento por hacerla sufrir. Una cosa era evidente; Thomas Gregory Lamban, como buen representante de relaciones públicas que era, se había dado prisa en comunicar la noticia de mi accidente de tráfico.

—Un momento, señorita, la pongo con la habitación uno cuatro —respondí con mi falsa voz.

Con voz natural, sin fingimientos, dije a continuación:

—¿Quién es?

—Jail, ¿eres tú?

—Mara, ¡qué alegría oír tu voz!

—¿Cómo estás, qué ha sucedido?

—Mucho y poco. Un estúpido accidente de tráfico que se convierte en una catástrofe para los planes de la empresa.

—¿Qué quieres decir?

—Acaban de enyesarme las dos piernas. No será nada, dice el *doc*, pero en un par de meses que no cuenten conmigo. Toda una faena. Comunícaselo a míster Brown. En fin, todo un desastre. Lo siento, de verdad, pero el destino es el destino.

—Jail, ¿te hacen daño las piernas? Dímelo, ¿te duelen?

Suspiré apartando el cigarrillo de mis labios. Pensé que era un canalla, pero no me quedaba otro remedio que continuar fingiendo.

—Si no fuera por la morfina que me han inyectado estaría dando gritos, pero no será nada. La verdad, Mara, me estoy durmiendo por segundos.

—Pero, Jail, ¿dónde está la clínica? Quiero verte.

—Ahora, no, cariño, no quiero que me veas hecho un guiñapo. Mañana, yo mismo te llamaré. Dile a míster Brown que lo siento. Todos han visto lo estúpido que puede ser un accidente de automóvil. Ha sido delante mismo de la aseguradora.

Colgué el teléfono y suspiré. Aguardé unos instantes y no tardaron en volver a llamar.

—¿Diga? —respondí con mi voz fingida, apretándome la nariz.

—Por favor, señorita, póngame de nuevo con el señor Wender.

—Un momento, por favor. —Aguardé unos instantes y luego, imitando a la impertinente enfermera, respondí—: Lo lamento, señorita. El señor Jail Wender duerme. El doctor Granger ha pedido que no se le moleste.

Colgué el aparato cortando la comunicación y más tarde lo descolgué para que si alguien insistía llamando lo encontrara comunicado.

Siempre había opinado que el Támesis era un río sucio y aquella noche pude ratificarme en mi idea.

Había alquilado un bote que varé cerca del Royal Club of Yachts y amparándome en la oscuridad de la noche me coloqué todo el equipo de hombre-rana. Rabia comprado dos equipos y uno estaba a bordo del yate *Summer* propiedad de mister Brown, un equipo que no habría de utilizar. Para todos, Jail Wender tenía las piernas rotas a causa de un accidente de circulación.

Con mi segundo equipo, comprado en Southampton, me sumergí en el Támesis.

Había tomado la precaución de pintar con pintura ultrarrápida y en negro todo el equipo, desde las bombonas al tubo niquelado y las gafas submarinas. Mi rostro había quedado lleno de betún. Sería muy difícil que alguien me descubriera en la noche y debajo de las oscuras aguas del río o del mar.

Sabía de antemano que me aguardaba una prueba muy dura, pero como hombre-rana poseía un especial entrenamiento y no me asustaba. Mi cuerpo estaba protegido por el traje de caucho y llevaba triple bombona a la espalda. Me sabía con el tiempo limitado, sin embargo, había hecho construir una boquilla con un tubo de plástico que utilizaría en el momento adecuado.

Casi a flor de agua, nadé hasta el *Summer*. En el yate había actividad. Me sumergí bajo su quilla y sacando de mi cinturón dos de las cuatro asas con que me había provisto, las sujeté a la quilla con tornillos tipo mariposa. Después, mediante un imán, acoplé la parte superior del tubo de plástico que tenía en un extremo la boquilla. El tubo quedó por encima de la línea de flotación.

Me sumergí de nuevo bajo el yate. Sujeté mis pies a una de las asas mientras con la mano me cogía a la otra. Me quité la boquilla de las bombonas de oxígeno de la boca para no gastar lo que podía serme vital para más tarde y me puse la boquilla unida al tubo de plástico que sobresalía por la línea de flotación. Comencé a respirar con método y pacientemente. Para alguien no entrenado, aquello hubiera resultado horriblemente fatigoso, pero yo aguantaría. Había mucho dinero de por medio y mi prestigio como investigador. En cuanto a fuerza para sostenerme, muy poca tenía que hacer, ya que llevaba el lastre justo.

De repente, la embarcación tembló y unos quince minutos más tarde comenzó a ponerse en marcha.

Noté la presión del agua sobre mi cabeza y me agarré fuerte a las asas sujetas con tornillos mariposa al filo de la quilla. De esta forma, evité ser

arrancado brutalmente del yate al que me había agarrado como una garrapata a una vaca.

El yate *Summer* enfiló río abajo en dirección al estuario del Támesis con bastante velocidad.

Me di cuenta de que habíamos llegado al Canal de la Mancha cuando noté el agua fría. La verdad era que me estaba cansando, pero seguía manteniendo la respiración en forma metódica y rítmica, como si estuviera en medio de una complicada operación quirúrgica.

El yate giró hacia estribor, por lo que pude darme cuenta de que íbamos en dirección sur, quizá a Normandía.

La navegación se prolongó casi tres horas más y yo ya estaba harto. El oleaje era más fuerte y algún sorbo de agua se había introducido por el tubo de plástico. En aquellos instantes no estaba falto de purgante.

Al fin, el yate se detuvo y yo me puse alerta.

Cambié mi boquilla del tubo por el oxígeno de las bombas y arrancando el tubo plástico, me despegué ligeramente del yate.

Una bolsa fue lanzada al agua con una linterna en su interior cuya luz podía verse a distancia en la negrura de la noche.

Después, el yate se alejó y recé porque viniera otra embarcación a la que sujetarme como un parásito o estaba listo, ya que debía hallarme a una considerable distancia de la costa, distancia que no podía salvar a nado.

Aguardé algo separado de la luz. Unos minutos más tarde vi que la bolsa se movía algo más de lo que debía oscilar a causa de las aguas y nadé en su dirección.

No tardé en escuchar los motores de una nueva embarcación, esta más pequeño que el *Summer*.

Me aparté de la linterna imaginando qué allí había un submarinista con el que no tenía deseos de luchar.

Estaba demasiado cansado y tampoco era la ocasión. No había que atrapar a un vulgar pez, sino al tiburón.

Me agarré a la quilla de la barca. Sujeté las asas con los tornillos mariposa y, de pronto, la nave se balanceó peligrosamente, imaginando que estaban subiendo a bordo al submarinista que recogiera el paquete con el dinero.

No había tenido tiempo de colocar el tubo de plástico que mantuviera mis pulmones en contacto directo con el aire exterior sobre la superficie de las aguas cuando el motor, roncando con fuerza, puso la embarcación de nuevo en marcha.

Trabajosamente, tragando agua, conseguí colocar el tubo. Aquella barca no era de hierro, sino de madera. El imán de sujeción no me sirvió, pero si clavé mi cuchillo al asa del tubo, clavándola a la madera del bote.

Por supuesto, el bote o canoa, conmigo debajo, no iba a correr lo que

deseaban quienes la conducían.

Posiblemente estarían maldiciendo al motor, creyendo que no rendía lo suficiente, pero, aunque con más lentitud, la canoa se puso en marcha y yo comencé a respirar rítmicamente, cansando los músculos de mi boca. ¿Serviría para algo al día siguiente? Eso estaba por probar.

No recordaba haberme cansado tanto en ninguna ocasión anterior. En las últimas millas de navegación era el puro instinto de conservación lo que me mantenía aferrado a la quilla de la canoa y respirando con ritmo. Sabía que en cuanto dejara de hacerlo sucumbiría. Estaba exhausto y no tendría fuerzas para nadar hasta la costa y ¿en qué dirección estaría la costa?

Al fin, cuando ya me parecía que estaba una eternidad bajo el agua, la canoa se detuvo y por los ruidos supuse que nos hallábamos junto a un embarcadero de madera, quizá en algún lugar solitario de un islote del sur de Inglaterra.

No podía aguardar mucho rato debajo del agua si no quería que se me escaparan. Ignoraba dónde estaba y si aquellos sujetos cogerían un vehículo para poner tierra de por medio.

Aquellas reflexiones y un deseo infrahumano de sacar la cabeza fuera del agua me hicieron emerger por el lado de babor.

Me llevé una desagradable sorpresa cuando una soga cayó alrededor de mi cabeza, tratando de ceñir mi garganta. Jamás había supuesto que me ahorcarían dentro del mismísimo mar.

Pues los dedos entre la cuerda y mi cuello. Sin embargo, del extremo de la soga tiraban fuerte. Las intenciones de quien lo hacía no eran muy buenas a juzgar por el esfuerzo que tuve que hacer por sobrevivir.

—No lo mates, Jones, sácalo del agua.

Aquellas palabras se me antojaron providenciales. Mientras había vida, había esperanza. Me habían descubierto, era tan obvio como lamentable por mi parte. ¿Iban a matarme? Posiblemente, pero yo trataría de sobrevivir, de eso podían estar seguros.

El de la cuerda siguió tirando confundidome con un pez espada y yo lamenté haber dejado clavado mi cuchillo en el casco por el lado de estribor. No estaba a mi alcance.

Un sujeto de estatura media y cabello rubio (que identifiqué como el escocés del que me habían hablado) me apuntó con una automática al tiempo que, cogiéndome por un brazo, me ayudaba a subir a la canoa. El otro, erre que erre, continuaba tirando de la cuerda. Debía tener complejo de pescador.

Una vez a bordo de la embarcación, me quité las gafas submarinas y respiré hondo. Tosí, pero no pude librarme de la soga. Por lo visto no estaban dispuestos a dejarme escapar. Quizá se daban cuenta de que sin la cuerda me bastaría dejarme caer al agua y con un poco de suerte

desaparecería haciendo inútil la pistola del escocés. En cambio, con la soga agarrando mi cuello, el problema era mío y no de ellos.

—¿Eres de la policía? —me preguntó el escocés.

Negué con la cabeza.

—Mejor, así si lo liquidamos tendremos menos problemas —replicó el otro, un individuo tan velludo como fornido, capaz de reventar la canoa de un puñetazo. Seguramente, el submarinista que tomara la bolsa con el dinero era el escocés.

—Mejor se lo decimos al jefe.

Ya con la respiración más calmada y desprovista de las bombonas de oxígeno pregunté:

—¿Qué van a hacer conmigo?

El tal Jones se rió y yo no le vi la gracia.

—Posiblemente servirás de pasto a los peces.

Por su parte, el escocés me advirtió:

—Será mejor que te portes bien si no quieres que Jones te mate; está deseando hacerlo.

Podía haberles dicho algunas cosas, insultos al tal Jones y unas observaciones al escocés que por lo visto, con tanto betún y tan negro como una rana salida de un yacimiento petrolífero, no me había reconocido pues él debía de saber quién era Jail Wender, no en vano había pagado cien libras para que me dieran una paliza. Pero, decidí que era más prudente permanecer callado. Aquellos dos no eran como los *hippies*, resultaban bastante más peligrosos.

Me obligaron a poner las manos a la espalda y con un sedal de cortante nylon que me hizo temer por mis muñecas, me sujetaron las manos.

Tirando de mi cabeza con aquella maldita cuerda, me llevaron por el embarcadero a un bunker no muy lejos de las rocas. Desde allí podía escucharse el batir del mar.

Aquel bunker, bastante sucio por cierto, era un vestigio de la última Guerra Mundial. Desde él vigilarían el mar ante la posible invasión nazi.

Me empujaron hacia un rincón. Caí mal y me lastimé las manos, pero no di un solo respingo. La verdad es que tenía deseos de quitarme el traje de goma y dormir a pierna suelta, estaba agotado, pero aquellos tipos no parecían dispuestos a permitirme ni una cosa ni otra. Perra suerte la mía.

La escasa luz reinante me ayudó, pues mis manos tropezaron con una piedra de aristas cortantes y precisamente el sedal de nylon me resultó fácil de cortar sin hacer demasiados movimientos que pudieran delatar mi intento de fuga.

Despertaba el alba cuando algo lejos del bunker sonó un claxon, quizá era una carretera de quinto orden utilizada por pescadores.

—Ahí llega Christopher para recogernos —dijo el fornido Jones.

—Iré a comprobarlo. Aguarda aquí con el dinero.

Me di cuenta de que no se entenderían en contarme quién era el cerebro del grupo, es más, aquel Christopher podía sugerirles la feliz idea de que me liquidaran allí mismo. ¿Quién iba a preocuparse por mí?

Como no tenía deseos de pasar a una losa marmolea de la Morgue, quién sabe de qué pueblo medio abandonado y en manos de qué carnicero con título de médico que me sacaría las vísceras en la autopsia, decidí que debía jugarme el todo por el todo. La oportunidad aunque arriesgada, se me estaba presentando.

—¿Es el jefe? —pregunté.

Jones respondió:

—El jefe no asoma la nariz cuando hay peligro, pero descuida, que te liquidaremos pronto.

El escocés se alejó y Jones, con una pistola en la mano, se acercó a la puerta del bunker. No tardaría en amanecer.

Me levanté con cuidado y flexionando mis piernas como si comprimiésemos los dos extremos de un muelle, me disparé saltando sobre Jones al que golpeé en el cuello.

—¡Maldito! —gruñó.

Intentó disparar, pero asiéndole la muñeca se la retorció.

El arma se perdió en el suelo. Después, un rodillazo le obligó a inclinarse hacia delante y antes de que pudiera pedir socorro, lo estrellé contra la pared de concreto del bunker dejándolo fuera de combate. Sin embargo, yo estaba que no me tenía en pie. ¿Me pagarían extra por agotamiento físico? No me entretuve a pensarlo.

Tomé la bolsa de plástico y abandoné el bunker amparado por la oscuridad. Guiado por el brillo reverberante de las aguas me lancé a toda carrera hacia el embarcadero, aunque el traje de goma subacuático no era la vestidura idónea para convertirse en un *sprinter*.

Salté al interior de la canoa y me dije que mi suerte estaba echada. O quedaba gasolina en el depósito o “palmaba”...

Di el contacto y funcionó con un grato ronroneo. El gorjeo de los mirlos en primavera hubieran sido notas altisonantes para mí en aquellos instantes comparándolas con el ruido del motor de la canoa que surcó las aguas cuando se escuchaban detonaciones a mi espalda. Por lo visto, no estaban muy contentos con mi fuga.

Mientras suspiraba tranquilo, ya lejos del alcance de los plomos que me enviaban como saludos afectuosos, pensé que a aquellos tipos no les había revelado mi nombre y aunque el escocés me hubiera visto en alguna ocasión, posiblemente no me había reconocido en la oscuridad con el traje de goma y el betún embadurnando mi cara.

Aquello me daba ciertas ventajas para un plan que acababa de ocurrírseme.

Junto a mí, doscientas cincuenta mil libras, todo un botín. Suerte había de que yo no era un tipo codicioso, pues me hubiera bastado con poner proa al este y arribaría a las costas francesas con una fortuna a mi disposición. Pero Jail Wender era un investigador privado, quizá un cínico, más no un aprovechado y la canoa puso proa al norte.

Debía llegar cuanto antes al estuario del Támesis, regresando a la barca desde la cual me lanzara al agua. En aquel bote tenía mis ropas. Bueno, eso sería sí conseguía combustible por el camino, de lo contrario tendría que navegar a la deriva. La canoa carecía de remos.

CAPÍTULO IX

Noa Granger, el médico de color compatriota mío, puso cara de estupefacción. Después, estiró sus cejas y me escrutó con su aguada mirada.

—Creo que no me necesita a mí, paisano; mejor búsquese un psiquíatra.

—Vamos, Granger, hay que darse prisa. Enyéseme las dos piernas hasta las rodillas. Protéjame un poco con espuma plástica y que la capa de yeso no sea grande. No hay por qué lastrarme los pies.

—Estas bromas me parecen demasiado fuertes. Además, me estoy arriesgando a que el colegio de médicos de Londres me mande a Estados Unidos por el procedimiento del patadón.

—No se preocupe, Granger, no le meteré en líos. Por cierto, aquí hay veinte billetes de a cinco libras. No me sobran, por supuesto, pero creo que le servirán para la gasolina cuando me lleve en su coche a mí apartamento y me deje en el sofá con las piernas enyesadas.

Mi compatriota se sonrió. Solo había que mirar en derredor para ver que el dinero no era precisamente lo que le sobraba.

—Sus argumentos son muy convincentes, Wender. Veamos esas piernas. Habrá que cortar las perneras de los pantalones.

Me encogí de hombros, ya todo daba igual. Estaba predestinado a tener siempre la ropa destrozada.

Granger hizo un buen trabajo. Con las dos piernas escayoladas no me sentí mal del todo, claro que cuando traté de caminar tuve mis dificultades.

Me condujo a mi apartamento. Un cabello cruzado en la puerta por mí mismo me advirtió que nadie había entrado en él.

Anduve hacia el sofá con torpeza. Me sentía horriblemente cansado. Pensé que al día siguiente me haría falta una silla de ruedas.

—Bien, paisano, cuando se le ocurra otra genial idea olvídense de mí, claro que si se trata de enviarlo al hospital psiquiátrico obtendré con facilidad las firmas de competentes médicos ingleses y será muy sencillo.

—Cáustico, agregó—: Bastará con que le hagan una leve revisión y no

habrán problemas.

Después de todo, Noa Granger podía tener mucha razón. ¿No me estaría haciendo falta un psiquiatra? Me estaba preparando como si fuera un borrego para que los lobos saltaran sobre mí, claro que una vez me hubieran degollado, no se deleitarían con mi hígado, sino llevándose el botín que les había escamoteado tan oportunamente. Mas existía una diferencia. Un borrego tenía buenas patas para correr y yo acababa de enyesármelas. ¿No era absurdo?

Me deseé suerte a mí mismo. Cuando Granger abandonó el apartamento, cogí el teléfono. Disqué unos guarismos y esperé hasta oír una agradable voz de mujer.

—¿Diga?

—Mara...

—Oh, Jail, ¿cómo estás?

—Me acaban de trasladar a mi apartamento. Estoy hecho una lástima. ¿Cómo está míster Brown?

—Puedes imaginarte. Tuvo que pagar la extorsión.

—Me siento estúpidamente culpable por no haberlo podido evitar.

—Tú nada podías hacer, Jail.

—Quisiera ver a míster Brown y hablar con él, aunque después de quedarse la compañía sin esas doscientas cincuenta mil libras no creo que él desee hablar conmigo.

—Yo sé lo comunicaré, Jail, pero ahora quiero verte.

No tardé en tener a Mara junto a mí y con ella, su boca, sus inmensos ojos verdes, su abundante cabello rubio.

Por supuesto, se compadeció de mis piernas y me mimó tanto que pensé que no era tan malo romperse un par de huesos si se tenía cerca a una chica como Mara.

Mara se encargó de proporcionarme una silla de ruedas y empujado por ella, me dirigí tercamente a la Insurances British.

Mi plan era el de hacerme ver y ciertamente lo conseguí. Recibí miradas de todo tipo en el vestíbulo de la compañía. Mara me introdujo en un ascensor. Yo, de vez en cuando, alzaba mi rostro para mirarla y le sonreía agradecido. Creo que me estaba comportando cínicamente. Cuando llovieran las bofetadas no tendría motivo de queja.

Mara hizo rodar mi silla por entre las mesas de las múltiples secretarias y tuve bastante éxito entre el elemento femenino, porque recibí sonrisas de todas clases.

Al fin me enfrenté con la ventana panorámica del despacho de míster Brown, tras dar unos golpecitos en la puerta, me introdujo en la estancia.

Míster Brown me recibió hosco. Por supuesto, no se levantó de su silla.

—¿Cómo van sus piernas, Wender?

Le mostré los enyesados que abultaban bastante. Con rostro

compungido me respondí:

—Mal, ya puede verlo, pero me han dicho que no habrá problema con la curación.

Recordé a Noa Granger y su recomendación de que visitara un hospital psiquiátrico.

—La compañía lo está pasando peor. Hemos tenido que pagar las doscientas cincuenta mil libras y sin ningún éxito contra los extorsionistas. Ha sido catastrófico confiar en usted, Wender.

Mara salió vibrante en mi defensa.

—Él no podía hacer nada. Sus piernas rotas lo evidencian.

—No le culpo a él, sino a nosotros mismos por confiar en un solo hombre —gruñó míster Brown—. Dentro de una hora tengo reunión con los principales accionistas de la compañía. Ellos esperan buenos resultados. ¿Qué sucederá cuando les cuente lo ocurrido?

Antes de que nadie dijera nada, se respondió a sí mismo:

—Habrá tormenta, mucha tormenta. Los rayos y los truenos podrán escucharse hasta en la vecina Irlanda y lo malo es que estamos de nuevo a merced de esos miserables que en una próxima ocasión, y siempre con la amenaza de hundir un barco cargado de pasajeros, volverán a sangrarnos. En cuanto adviertan esta posibilidad, los accionistas pedirán la inmediata intervención de la policía.

—¿Scotland Yard? —pregunté con aire de tristeza.

—O la Interpol, lo mismo da. La noticia no podrá ocultarse por más tiempo y la compañía se hundirá irremediablemente. Nadie querrá exponerse a tener una póliza de seguros con nosotros.

Mara, vehemente, insistió en mi defensa.

—Jail Wender no tiene culpa alguna de lo ocurrido.

—Si pudiera quitarme el yeso... —Me quejé infantilmente.

—Sus servicios han concluido, Wender.

Mara le observó con gravedad y míster Brown sacó su talonario de cheques. Me tendió un talón para cambiar por moneda norteamericana.

—Tome, diez mil dólares. Queda libre del resto del asunto y que se curen sus piernas. No quiero verlo más por aquí, Wender, nos ha traído mala suerte.

Con cuidado, plegué en dos el talón por una suma nada despreciable y lo guardé en mi bolsillo.

—Lamento que sienta esa hostilidad hacia mí, míster Brown —dije— y le deseo suerte en la caza de esos extorsionistas. Por lo menos, que no se diga que a causa de una torpeza mía se han tomado represalias y ha muerto algún navegante. Me marcho con la conciencia tranquila.

—Sea cual fuere su conciencia, ahora no tengo tiempo para tomarla en cuenta. Dentro de poco tengo reunión de accionistas y a ellos sí debo tenerlos en cuenta. Márchese de mi despacho, tengo mucho que hacer.

Mara le lanzó una mirada asesina. Por lo visto no le agradaba poco ni mucho cómo era tratado su enfermito, que era yo, claro.

Ya fuera del despacho, Mara me dijo muy seriamente:

—Míster Brown se ha portado groseramente contigo.

Suspiré y dije:

—Después de todo, tiene razón. Le he fallado en el momento más decisivo.

—Pero ha sido un accidente.

—¿Y qué importa el motivo? Lo principal es que el plan ha fallado y ahora se expone a las iras de los accionistas que han perdido tan elevada cantidad de libras. Después, todos a temblar esperando que los extorsionistas vuelvan a la carga y siempre con la duda y la indecisión de si deben pedir o no protección a la policía. Sería funesto que al enterarse los extorsionistas, pues ellos se enteran de todo, hundan un barco con la consiguiente pérdida de vidas humanas.

—A pesar de todo, Jail, no hay derecho.

—Cariño, pienso estar por lo menos unos días aquí en Londres. ¿Podrías hacerme un favor?

—Desde luego.

—Tráeme unas muletas al apartamento, ya sabes mi medida, más o menos sobre metro noventa. En esta maldita silla de ruedas me siento como un inválido, no me gusta.

—De acuerdo, te proporcionaré las muletas, pero ahora te llevaré primero al apartamento para que descanses. No debes hacer locuras.

Todas aquellas palabras de Mara me hicieron pensar que era una excelente enfermera y que podría resultar una esposa magnífica, capaz de ser enfermera y amante a la vez.

—No, al apartamento iré yo solo; no soy ningún inválido.

—Pero tú no puedes conducir en semejantes condiciones.

—Tomaré un taxi. Más tarde, tú me traes las muletas y yo te lo agradeceré mucho, de veras.

Me despedí de ella con un beso y alquilé un autotaxi.

La silla era plegable y fue colocada en el portaequipajes.

Rodamos hacia el apartamento. Al llegar cerca del edificio descubrí un automóvil aparcado. Aunque con dificultades, logré reconocer al escocés rubio dentro de él. Las bofetadas no tardarían en producirse.

CAPÍTULO X

Mi vista, que se podía catalogar de aguda, había descubierto saltado el cabello que con anterioridad pegué a la puerta. Era obvio que la habían abierto y como había dado orden al servicio de limpieza de que no pasara por mí apartamento, solo podía tratarse de uno de aquellos sujetos que ahora no querían nada bueno.

Introduje el llavín en la cerradura. Lo hice girar y empujé la puerta, pero había tomado la precaución de apearme de la silla de ruedas. Aunque llevaba las piernas enyesadas me sostenía perfectamente y sin dolor alguno, ya que nada roto tenía, por lo menos de momento. Cuando pasara una hora no sabía si podría seguir diciendo lo mismo.

Impulsé violentamente el carrito de ruedas hacia el interior del apartamento al tiempo que empujaba de forma brutal la puerta contra la pared.

Escuché un gruñido de dolor. Era evidente que me esperaban tras ella y no para darme los buenos días.

El tipo que estaba allí, y cuyo rostro no había visto nunca hasta entonces, dejaba escapar un hilillo de sangre por su nariz. La puerta había resultado bastante dura, lo malo es que, rehaciéndose, sacó un cuchillo de afilada hoja. Yo iba desarmado, pero había que hacerle frente.

Se abalanzó sobre mí y me derribó cayendo sobre mi cuerpo. Le atenacé la mano armada y rodamos por el suelo. Para mí, la escayola era incómoda, pero para él resultó profundamente dolorosa, primero en el vientre y luego en el mentón, ya que le golpee con tal fuerza que lo dejé fuera de combate. En su mandíbula quedó la huella del yeso.

Cerré la puerta aislándome del exterior y senté en la silla de ruedas a mi visitante dejándolo bien sujeto con los cordones de la larga cortina, unos cordones de nylon que resultaron resistentes, claro que la cortina quedó hecha una pena. Parecía que le hubiera cogido manía. Después de todo, el dibujo no acababa de gustarme.

Cuando aquel hombre despertó, cosa que no tardó en suceder, yo estaba cómodamente sentado ante él en una butaca y tomando un *whisky*

escocés, mientras él se hallaba sobre la silla de ruedas, atado con método. Al percatarse de ello, una expresión de rabia afloró a su boca.

—¡Puerco!

Me llevé el cigarrillo a los labios. Aspiré con fuerza, llené mis pulmones y le dejé unos segundos más para que asimilara su situación real.

—Tú eres Christopher, ¿verdad?

Me miró incrédulo. Ya no trataba de soltarse, era inútil y se había dado cuenta. Solo podía soltarlo yo o alguno de sus compañeros que llegara a salvarle.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No soy ningún estúpido, Christopher.

—¡Lo que eres es un puerco!

—No voy a tener en cuenta tu grosera forma de hablar. La verdad, creí que los británicos eran más comedidos y flemáticos en las situaciones límite.

—Al diablo con los tópicos —masculló.

—Al llegar he visto abajo a tu compinche el rubito escocés. Espero que no suba, tendría que liquidaros.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—Mientras no me demuestren lo contrario, sí —afirmé cínicamente. Después de todo, debía hacerle comprender que yo dominaba la situación.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Tengo un plan.

Me observó perplejo.

—¿Un plan, qué clase de plan?

—Te lo iré contando lentamente para que lo entiendas bien.

—Yo solo tengo que entender una cosa.

—¿El qué?

—Que eres un puerco.

—¿No te enseñaron otros epítetos? —le pregunté con sorna.

—Oh, sí, sé muchos más.

Antes de que se acordara de mi madre muerta le corté:

—Bien, bien, no es necesario que me recites ahora la tabla de multiplicar del hampa británica.

—No quieres que llene tus oídos, ¿eh?

—¿De qué serviría, Christopher? Yo solo quiero ser amigable contigo.

Me miró, ahora suspicaz.

—¿Amigos? Vamos, yanqui, me estás tomando el pelo.

—Oh, no, no te tomo el pelo, solo que tengo problemas.

—¿Problemas? —Soltó una carcajada—. Eso lo sabemos todos.

—Sí, problemas, pero no los que vosotros pensáis. Yo, de ti, del escocés y de Jones, me río por no decir algo más soez.

—Vamos a quitarte lo que nos robaste.

—No os creáis tan listos. Tengo el dinero bien seguro.

—¿Bajo ese falso yeso que te envuelve las piernas?

—No cabría. Doscientas cincuenta mil libras es mucho dinero y hace bastante bulto.

—Sí, es una bolsa grande, muy visible, una bolsa que nos robaste y no para devolverla a los imbéciles de la aseguradora, sino para quedártela tú. Eres un cínico y un puerco.

—Verás, soy codicioso pero con medida. La compañía me ofrecía una recompensa, pero las circunstancias me han llevado a tener todo el dinero en mí poder.

—Estés donde estés te daremos caza, yanqui, el dinero será nuestro y a ti te enfriaremos de alguna forma especial por hacernos esta marranada.

—Eso no será tan fácil.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Miré por ella con cuidado. El coche del escocés seguía en la calle.

—Espero que tu amigo no se impacienta.

—Subirá a buscarme para ver qué sucede.

—Espero que no lo haga. Se echaría todo a perder.

—¡Puerco!

—Vamos, Christopher, entre granujas debe existir más camaradería.

—¿Camaradería entre nosotros?

Creo que si llego a estar más cerca de él me escupe a la cara. Estaba muy furioso.

—Sí, camaradería. En fin, vosotros habéis hecho una extorsión a la compañía aseguradora y yo os quito el dinero a vosotros.

—Y si el juego sigue, nosotros te lo volveremos, a quitar a ti.

—Eso será muy difícil. He tomado mis precauciones. El dinero está bien protegido.

—¿Tienes secuaces?

Me sonreí dando una vuelta alrededor de mi prisionero. Hacía mucho ruido al caminar con mis piernas enyesadas.

—Podría decirte que sí, pero no te lo ibas a creer.

—Conozco a los de tu clase. Eres un lobo solitario.

—Posiblemente —admití.

—A los lobos solitarios se les persigue con saña hasta matarlos, porque son los que hacen más daño.

—Hay lobos difíciles de cazar. Posiblemente yo sea uno de ellos...

—Esta vez has ido demasiado lejos, yanqui.

—Christopher, veamos las cosas claras. Yo tengo el dinero y no es fácil que me lo deje quitar. Por supuesto, si yo muero, el dinero se pierde y eso no os interesa. En cuanto a la compañía, ya lo ha dado por perdido.

—¿Qué tratas de insinuar?

—No sé cómo ibais a repartir el dinero de la extorsión.

—¿Por qué quieres saberlo? —me preguntó suspicaz.

—En todos los buenos golpes hay siempre una parte de león y unos despojos para los chacales. Tú, el escocés y Jones solo sois chacales, ¿me equivoco?

—Íbamos a recibir veinticinco mil cada uno. Hace tiempo que estamos trabajando en la extorsión pero no me quejo. Veinticinco mil libras limpias es mucho dinero, nunca las había soñado antes con un buen golpe.

—Veinticinco por tres, setenta y cinco. Por tanto, son ciento setenta y cinco mil libras para el cerebro. Una buena parte de león.

—Este es solo el principio. Habrán más golpes.

—No lo creas, Christopher. En la próxima ocasión intervendrá un ejército de policías. Me lo han comunicado hace muy poco.

Él sonrió.

—Volaremos algún barco.

—¿Cómo el de Atenas o Hong-Kong?

—Aquello solo fue una muestra. Jones se encargó de uno y yo del otro.

—Mientras, ¿el escocés que hacía?

—Oye, yanqui, ¿se trata de un interrogatorio?

Moví la cabeza negativamente.

—No, por supuesto que no. —Me abstuve de hacer más preguntas directas y pasé a la oferta—. Yo os puedo dar treinta y cinco mil libras a cada uno de vosotros, diez mil más que el cerebro que os mueve como si fuerais títeres.

—¿Diez mil libras más? No entiendo.

—Pues eres bastante idiota, Christopher. Es fácil de comprender. Treinta y cinco mil libras para cada uno de vosotros si trabajáis para mí. Podréis ganar mucho dinero y sin riesgos.

—¿Me estás proponiendo que traicionemos al jefe?

—¿Traicionar? No, eso tampoco. Después de todo, el dinero ya está perdido por vuestra parte, es mío ahora. He montado todo un plan con mis falsas piernas rotas. A mí, de nada se me puede culpar y solo tengo que regresar a los Estados Unidos para poder disfrutar mi dinero.

—Tu parte de león, ¿verdad?

—El que piensa es siempre quien más gana.

—¿Y nosotros seguiremos siendo chacales?

—Chacales pero con diez mil libras más en vuestros bolsillos. El negocio es redondo para vosotros.

—Yo no lo veo tan redondo.

—Será porque eres estúpido. Háblales a tus compinches y te darás cuenta de que sí es redondo el negocio. Si os unís a mí ganáis lo que teníais pensado y diez mil más. De lo contrario, lo perdéis todo, porque aunque en adelante llegara a tener un tropiezo y me liquidarais, el dinero podíais darlo por perdido. Lo tengo seguro.

—¿En dónde?

—No pensarás que soy tan estúpido de decírtelo ahora, ¿verdad?

—¿Ahora? ¿Quieres decir que luego sí nos lo dirás?

—Hablemos claro, Christopher. Mi problema está en sacar el dinero de Inglaterra. Son tres problemas. Primero, sacarlo de la aduana británica; segundo, cruzar el Atlántico con él y por último, pasar la aduana norteamericana.

—¿Y el problema de cambiarlo qué? Son libras, y en Estados Unidos se utilizan los dólares. Sería sospechoso que llevaras moneda inglesa en tanta cantidad.

—Ese problema está resuelto.

—¿Cómo?

Permití que pareciera que era yo el interrogado y expliqué:

—Solo tendría que entregar el botín a mi Banco para ingresarlo a mi cuenta. Por supuesto, harían las primeras averiguaciones después de las sonrisas. Investigarían si es moneda falsificada, pero pronto se comprobaría que no. Luego, mirarían los números de serie preguntando a la Interpol si este dinero era buscado por la policía internacional o la británica en particular. Obtendrían una nueva negativa, porque la numeración está salteada, los billetes han sido escogidos cuidadosamente, de modo que terminarían por sonreír y transformarían las divisas en dólares. Mi cuenta corriente quedaría muy sólida.

Con el rostro ensombrecido, Christopher observó:

—Pero te queda el problema de sacar el dinero del país. No es fácil, la aduana es muy rigurosa.

—Lo sé, por ello pido vuestro trabajo que pagaré muy bien, quizá demasiado.

Christopher se apresuró a rectificar como lo haría cualquier marchante.

—No, no es demasiado. Hay mucho trabajo y es expuesto.

Sonreí. Evidentemente, empezaba a interesarse.

—Bien, se trata de que busquéis un medio de sacar el dinero del país y hacerlo llegar a los Estados Unidos. Yo no conozco aquí a la gente adecuada, tendría problemas. En cambio, vosotros, que habéis sido capaces de recorrer el mundo con explosivos en el bolsillo, podéis facilitarme el medio.

—Bueno, podría pensarse.

—¿Pensarse? No, tengo prisa por salir.

—Ya. Cuando se tiene el dinero en las manos quema y hay prisa por gastarlo.

—Es posible. Quiero largarme pronto, esta misma noche.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Vosotros me proporcionaréis algún pequeño barco mercante que zarpe esta noche de Inglaterra rumbo a los Estados Unidos.

—Eso es fácil. Hay muchos barcos que zarpan en dirección a los Estados Unidos y en cuyas bodegas se pueden esconder valijas e incluso personas.

—Haced lo que queráis, pero yo he de abandonar el país de forma legal. Pasaré por la policía para que mi pasaporte sea sellado, claro que en la bodega habrá sido cargado mi dinero de forma que la policía no se dé cuenta de ello y en el puerto de Nueva York también será desembarcado cuidadosamente. Allí, yo mismo me encargaré de sobornar a algunos policías del puerto, pero aquí sería mucho problema para mí. No quiero que Scotland Yard me busque por ningún motivo.

—Entiendo, después podías tener dificultades con tu dinero en el Banco si se comprobaba que tenías pleitos con Scotland Yard. Realizarían una investigación más profunda y podía quitarte el botín:

—Es posible.

—Bien, bien, creo que nosotros podemos hacer el trabajo, solo que hará falta dinero para sobornar a uno de esos capitanuchos de barco. Luego te embarcamos a ti y a tu dinero y listos.

—No tan aprisa. El dinero os lo daré cuando llegue a los Estados Unidos.

—¿Y hemos de viajar nosotros también a través del Atlántico? —inquirió sorprendido.

—Si queréis vuestra parte, sí. Yo sé por qué lo hago, iré más seguro de esta forma. En el camarote podré dormir tranquilo y a pierna suelta mientras vosotros en la bodega custodiáis el dinero. De este modo, ninguna rata más intentará robarlo.

—Tendré que consultarlo. A mis compañeros quizá no les guste viajar.

—Si no viajáis, no hay trato y si no hay trato, seguro que no vais a tocar una sola libra del botín.

—¿Te las arreglarás tú solo para sacar el dinero de Inglaterra?

—Buscaré a otros que me ayuden. Me costará un poco pero lo conseguiré, aunque la verdad, me interesa más que me ayudéis vosotros.

—¿Por qué?

—Porque me buscaríais las cosquillas de todas formas. Prefiero teneros hartos junto a mí que famélicos detrás.

—Una buena conclusión.

—Pero no vayas a creer que por estar famélicos os tenga miedo. Ya os he dicho que el dinero lo tengo bien seguro.

—En ese caso considero que será preferible trabajar contigo. Después de todo, ¿qué importa el amo al que se sirve si se obtiene más tajada.

—Tú eres listo, Christopher.

Con su propio cuchillo corté las ligaduras dejándolo libre. No solté la afilada arma por si acaso.

Christopher se puso en pie frotándose las muñecas y secándose la nariz.

—Debo hablar con los demás, pero creo que estarán de acuerdo.

Saqué una tarjeta de mi bolsillo. En ella, con anterioridad, había escrito un número de teléfono con bolígrafo. Todo mi plan estaba elaborado meticulosamente.

—A las nueve en punto llama a este teléfono. Os diré dónde debéis recoger el botín para cargarlo en el mercante.

—¿Tú estarás junto al dinero?

—No, pero os aseguro que no podréis tocar una sola libra. No es fácil engañarme.

—¿Y si solo se trata de una añagaza?

—¿Una añagaza, para qué?

—El lugar podía estar repleto de policías —observó astutamente.

Me eché a reír.

—¿Policías? Me interesan menos a mí que nadie. Ellos estropearían mi plan. Vosotros, una vez en la cárcel, podíais confesar lo que yo estoy tratando de hacer e iba a pasarlo mal. No, decididamente no me interesa la policía para nada. Además, ¿de qué cargos iban a acusaros en la Corte? No tenéis el dinero encima y nadie puede probar que estuvisteis extorsionando a la compañía aseguradora. Vamos, Christopher, por suspicaz puedes perderte treinta y cinco mil libras, diez mil más de las planeadas.

—Creo que tienes razón, yanqui. —Miró la tarjeta y su número telefónico y se la guardó. Después, sonriendo ligeramente, se alejó hacia la puerta—. Te llamaré a las nueve, yanqui.

—Correcto, estaré esperando tu llamada. En, ese momento te indicaré el lugar donde hay que ir a buscar el botín. Tú me dirás cuál es el barco en el que zarparé. Mientras, pasaré por los trámites de la aduana y me dirigiré al barco con una simple maleta de viaje. ¿Entendido?

—Perfectamente. Nos encontraremos dentro del barco que logremos sobornar, lo que no te garantizo es que el camarote tenga sus comodidades.

—No me importa pasar una veintena de días camuflado como una rata si luego vivo el resto de mis días como un magnate.

Christopher asintió con la cabeza. El plan no le parecía mal del todo, aunque yo me daba cuenta de que tanto él como sus compinches empezaban a pensar inmediatamente en la forma de quedarse con todo el botín al tiempo que me hacían desaparecer, pero, eso iba a resultarles difícil.

CAPÍTULO XI

Para el trabajo que debía de desarrollar a lo largo de las siguientes horas, el yeso de mis piernas constituía un obstáculo y decidí librarme de él provisionalmente.

Con la punta de la afilada navaja del propio Christopher hice un surco vertical a lo largo del yeso, desde el talón a la rodilla por el costado de la pierna, de la forma que menos pudiera notarse.

Una vez marcado el surco, pasé la punta de acero con fuerza y repetidamente de arriba abajo hasta conseguir abrir el yeso. La protección de espuma impidió que la navaja dañara mi carne. Después, solo tuve que hacer algunos esfuerzos y me libré del yeso como si fueran unas pesadas botas tras un largo y fatigoso día de excursión.

Dejé las dos piezas en el lavabo y me cambié de traje poniéndome algo más decente. Me parecía caminar entre algodones, como si llevara en mi estómago unas copas de más, al quedarme libre de la molesta escayola.

Abandoné el apartamento y bajé al garaje por el ascensor. A bordo del “MG” salí a buena velocidad. Ya en la calle, tuve la impresión de que era seguido.

No creía que al escocés le conviniera arremeter contra mí como había hecho con el cajero de la aseguradora. Sabían que si moría el dinero desaparecía, por lo menos les había convencido de que no resultaría fácil quitármelo y que lo tenía bien protegido.

Quizá pensarán que habrían otros momentos más idóneos para quitarme el dinero, durante el viaje podían arrojarme por la borda al Atlántico y el botín quedaría en sus manos. Lo que ellos ignoraban es que jamás subiría a un barco en su compañía.

Emprendí una rápida carrera por las calles londinenses. Pese a circular por la izquierda y no conocer la ciudad tan bien como Los Ángeles, mi ciudad natal, conseguí librarme de mis seguidores.

Mi siguiente acción fue dirigirme al Banco Nacional de Londres, presentando en la ventanilla el cheque que me entregara míster Brown.

Pusieron cara de sorpresa. Diez mil dólares era una suma muy fuerte

para pagarse a tontas y a locas. Comprobaron no solo la firma, sino mi identidad. Después, llamaron a míster Brown. Por último, el cajero me preguntó amablemente:

—¿Cómo quiere su dinero, míster Wender?

—En moneda británica. Cien libras en moneda fraccionaria y el resto en billetes de cinco y diez libras.

Llevaba mi portafolios y en él metí todo el dinero que me fue entregado. Solo faltaba ahora que un vulgar caco tratara de robarme. Puse cara de pocos amigos y confié en mi suerte.

En el “MG” me dirigí a un servicio de compraventa de vehículos de todas clases cuya publicidad había visto en un periódico de la mañana.

Aparqué el “MG” y entré en el recinto. Allí vendían desde un “Mini-Morris” en buen uso hasta una enorme grúa capaz de cargar con una locomotora, claro que no garantizaban que los cables resistieran, ya que estaban muy usados. Por supuesto, a mí no me interesaba ni una cosa ni otra.

—¿Un camión de mudanzas con chapa metálica? —repitió el empleado perplejo.

—Sí, eso es lo que necesito.

Revisó una lista, moviendo la cabeza negativamente.

—Eh, Tommy, ¿verdad que no tenemos en venta ningún camión de mudanzas?

—Para mudanzas, cualquiera sirve —le respondió el compañero de trabajo.

—Lo necesito de chapa y bien cubierto, con buenos cierres.

El tal Tommy, que vestía una bata blanca, se rascó el cogote, ralo en cabello. Al fin dijo:

—Tenemos un “Leiland” de ocho toneladas. Es frigorífico y puede servirle. La pega que tiene es que la refrigeración no aguanta más de veinticuatro horas y no baja de los diez bajo cero.

—¿Un frigorífico? —Aquello se ajustaba a mis planes—. ¿Puedo verlo? —inquirí.

—Oh, sí, claro, pase por aquí.

Seguí al empleado de la bata y me mostró el camión. Resultaba algo gordo para mis planes, pero podía servirme.

—¿Cierra bien la puerta?

—¿Se refiere a la de la caja?

Asentí.

—Sí, la de atrás.

—Perfectamente.

—¿No puede haber ninguna fuga?

—Claro que no. A la caja solo se puede entrar o salir por su parte posterior que tiene doble puerta, una que puede fijarse y la segunda. Ni en

caso de vuelco puede abrirse y la chapa es doble. Verá que es muy dura.

En efecto, era dura y si no aparecía brillante era porque el vehículo estaba algo viejo y lleno de polvo.

—Y el motor, ¿qué tal funciona?

Me dieron una serie de garantías de las que, naturalmente, no pensaba fiarme. Todos los vendedores de vehículos usados, fuera en Chicago, Londres o Tokio, hacían lo mismo. Lo primero e importante es que el cliente se llevara el trasto. Después, el que rodara era asunto suyo.

—¿Cuánto va a costarme?

—Dos mil libras.

—*Goodbye* —le dije.

—Mil ochocientas.

—Mil seiscientas. Ochocientas ahora y el resto dentro de un mes, si es que este chisme congelador sigue funcionando.

El trato quedó aceptado y me dio tal apretón de manos que ignoro si pretendía romperme los huesos o era a causa de su enorme alegría por endosarme el congelador. Posiblemente, un padre de cinco hijas no hubiera estado más contento al casarlas a la vez.

Pagué las ochocientas libras. Tenía que perder algún dinero en mi plan, pero, como era lógico, cuanto menos mejor, claro que al final pasaría mi minuta de gastos.

Monté en el camión tras hacer que cargaran su depósito de gasoil. Me olvidé del “MG” deportivo y me sumergí en el tráfico londinense.

Mi traje de seda de Hong-Kong no cuadraba con el “Leiland” de ocho toneladas y la libertad existente en la indumentaria no impedirla que algún policeman se quedara con los ojos muy abiertos al verme.

Los frenos del “Leiland” chirriaron y mi trabajo fue poder aparcar frente a un establecimiento de venta de cajas de caudales. Un mini coche quedó bajo la caja por su parte posterior y me dio la impresión de que el camión acababa de poner un huevo.

Sin soltar el portafolios, me introduje en la tienda. Escogí a uno de los empleados y le dije abiertamente:

—Quiero comprar una caja fuerte.

—¿Piensa llevársela usted mismo? —preguntó muy amablemente y por la forma de mover sus manos y bajar la nariz me pareció judío, claro que el negocio de la venta de cajas fuertes iba y mucho con su personalidad.

—Sí, me la llevaré.

—¿Empotrable?

—No, empotrable no.

—Ya, no desea gastar su dinero en albañilería. Le comprendo, le comprendo. Seguro que tiene usted una casa moderna de esas que empotras la caja fuerte y el vecino se cree que le ha tocado la lotería.

Me mostró una caja fuerte para depositar sobre un mueble.

—Y esas argollas, ¿para qué son?

—Para sujetarla con dos cadenas a la pared. Si no se hace así, se la llevan fácilmente.

—No, yo quiero algo más sólido y pesado.

Torció la cabeza comprensivo y me mostró una caja más grande.

Negué con la cabeza. Aquella tampoco me convenía y mientras me cantaba las excelencias de otra caja, yo me dirigí al fondo del almacén señalando una caja fuerte de un metro setenta de altura por uno de anchura, dos llaves y triple rueda.

—Esta.

El judío parpadeó incrédulo.

—¿No me ha dicho que quería llevársela usted mismo?

—Sí, ahí fuera tengo mi camión aparcado.

El comerciante miró a través de los cristales, descubriendo el congelador ambulante.

—¿De veras es suyo?

—Sí, y ahora mismo van a cargar la caja en el camión o tendré que ir a comprar a otra parte.

—Oh, no será necesario. La caja pesa tres toneladas, es puro acero.

—Supongo que tendrán el medio y los empleados necesarios para cargarla.

—Sí, de inmediato se la sacaremos, solo que le costará mil ciento veintitrés libras.

—Las veintitrés libras quítelas, porque el transporte lo pongo yo.

—De acuerdo, mil cien.

—Menos el diez por ciento por pronto pago, ya que le voy a pagar ahora mismo.

El judío carraspeó protestando:

—El pronto pago es un dos por ciento de descuento.

—El diez o me largo y será mejor que piense: “Lo pesado, sácatelo de encima cuanto antes”.

—¿Es una frase?

—No, una satisfacción para quien se saca el trasto.

—Mil libras, hecho.

—O. K.

—¿Americano, verdad? —preguntó el judío mientras extendía la factura.

—¿Cómo lo ha notado?

—Es que son los que se llevan de Europa los *souvenirs* más raros.

Sonreí mostrando los dientes. ¿De veras nos consideran tan tontos a los norteamericanos?

Una grúa autónoma, de poco volumen externo, pero de gran poder de levantamiento, cargó con la caja de caudales y yo me aparte de su lado. No

quería tener que usar escayola de veras.

Subieron la caja de caudales al camión. Hubo suerte y el del huevo con ruedas se largó por aquello de la precaución.

Pedí que introdujeran la pesada caja de caudales hacia el interior, casi pegada a la cabina. Cerré la puerta, pagué y di al contacto disolviéndome de nuevo en el tráfico londinense.

Me dirigí a la estación de Euston y de la consigna extraje una, gran maleta que pesaba lo suyo.

Abrí la caja del camión y penetré en ella tras encender la luz.

Puse las llaves en la pesadísima caja de caudales, leí la clave que me habían entregado y marqué los guarismos en las ruedas dentadas. La caja se abrió. Introduje en ella la gran maleta que casi la llenó por completo. Habían allí doscientas cincuenta mil libras esterlinas, una auténtica fortuna.

Cerré de nuevo la caja fuerte y después la del frigorífico. Puse la refrigeración al máximo y me dirigí a los muelles de pequeñas embarcaciones de reducido calado que se arriesgaban a subir por el Támesis en lugar de dirigirse a Southampton como los grandes trasatlánticos.

En aquel lugar solitario y húmedo dejé el camión con su pesada caja dentro, pero antes me llevé las llaves de la caja del camión y el distribuidor del mismo. También se me ocurrió que una buena medida de precaución era desinflar una rueda y así lo hice, escogiendo la menos visible y más cercana a la pared.

Paré un taxi y regresé en busca del “MG” que había dejado cerca del servicio de compra-venta de vehículos usados. En el deportivo rojo me dirigí al apartamento.

Cuando entré en el apartamento lo hice con ciertas precauciones, el cabello estaba saltado.

Abrí la puerta violentamente y dentro vi a Mara. En sus manos, dos muletas y sus grandes ojos verdes, clavados en mis piernas.

—¡Canalla!

Cerré la puerta. Los asuntos internos no interesaban a la vecindad.

—Yo te explicaré.

—¡No tienes nada que explicarme! Has fingido que tenías las piernas rotas y las tienes perfectamente. He visto la escayola en el lavabo y yo, preocupada por ti. ¡Eres un canalla!

Quise silenciar sus protestas con un beso y me llevé un mordisco. Era obvio que Mara tenía los dientes bastante afilados.

—Mara, tienes que escucharme. Todo esto es parte del plan.

—¿El plan, qué plan?

—Después te lo contaré. Ahora debes hacerme un gran favor.

—¿Un gran favor? Siete tiros si tuviera un revólver en la mano.

—No podrías —le dije serenamente.

—¿Ah, no? —Puso sus brazos en jarras, apoyando las palmas de las manos en sus caderas—. No me crees capaz, ¿verdad?

—Sí te creo capaz, pero un revólver suele tener seis tiros y no siete, querida.

Lanzó tal rugido que por un momento creí que estaba frente a la mujer pantera.

Me costó, pero conseguí suavizarla. Pronto se compadeció del mordisco que me había dado y se apresuró a curarme. Mientras, le fui explicando mi plan y qué parte podía tomar ella dentro del mismo.

—Pero ¿estás seguro de lo que dices? —me preguntó perpleja.

—Segurísimo y tú debes hacer lo que te pido. De lo contrario no saldrá bien.

—¿Y si resulta que eres el mayor tramposo de la historia?

—Tendrás que fiarte de un cínico, querida. Mi forma de trabajar es algo rara, lo admito, pero da buenos resultados, ya lo verás. Ahora, ayúdame.

—¿A qué?

—A escayolarme las piernas de nuevo.

—Pero si te la has quitado.

—Será fácil ponerme el yeso de nuevo, solo hay que calzárselo como unas botas y cubrir la grieta con un poco de pasta de yeso. Tengo un poco que le sobró al *doc*.

En menos de media hora estaba bien escayolado y con las muletas a punto. Cualquiera viejecita me hubiera cedido su asiento en el autobús.

—No sé si he de echarme en tus brazos o huir de ti como de un lobo.

—Tu instinto de mujer te lo dirá, querida. Anda, dame un beso.

Mara se quedó junto a mí un breve instante, porque luego la empujé suavemente hacia el exterior, rogándole de forma encarecida:

—Hazlo todo tal como te he dicho. ¿Entendido?

—Sí, sí, pero cómo te largues a Estados Unidos sin mí, juro que te mato.

Suspiré, tampoco las inglesitas resultaban tan flemáticas. Lo malo es que Mara me gustaba a rabiar.

En todo aquel ir y venir había llegado la noche. Provisto de mis muletas salí a la calle. En mi anuario llevaba un número telefónico que me había proporcionado Mara.

Me dirigí muy cerca de donde había dejado el camión frigorífico que a aquellas horas debería conservar una bajísima temperatura. Aguardé junto a una cabina telefónica. Miré mi reloj. El Big-Ben no estaba demasiado lejos y escuché sus lúgubres campanadas mientras una niebla baja descendía por el río, dando una sensación de frío.

De pronto, el teléfono sonó estridente dentro de la cabina pública. Abrí la puerta y penetré en ella, descolgando el auricular.

—¿Diga?

CAPÍTULO XII

Esperaba que la treta surtiera efecto.

Con voz convincente había dicho a Christopher por dónde debían pasar a recoger el dinero. Por su parte, él me había dicho que debía dirigirme al embarcadero de yates. Allí había un velero, provisto de motor diésel, que me trasladaría a Southampton donde embarcaría en un buque panameño llamado *Agua Dulce*.

Permanecí escondido a cierta distancia en un portal oscuro.

Vi llegar un automóvil oscuro, un “Austin”. Dentro de él viajaban tres hombres, pero solo uno de ellos se apeó llevando una potente linterna e imaginé que una pistola en alguno de sus bolsillos.

Christopher se acercó al camión frigorífico con mil precauciones. Se asomó a la cabina y comprobó que su puerta estaba abierta. Luego, husmeó por la parte de atrás y se decidió a abrir la caja metálica.

El frío debió enrojecer su rostro. Después, enfocó el interior con la linterna y se detuvo seguramente iluminando la gran caja de caudales, pues se apresuró a cerrar la puerta corriendo en dirección al coche.

Sus compañeros le recibieron alarmados. El escocés tenía el pie en el acelerador, dispuesto a salir a toda velocidad a la menor señal de peligro.

Tras hablar brevemente, los tres se dirigieron al camión. Volvieron a abrir la puerta de atrás. Uno de ellos subió y los otros dos aguardaron afuera, impacientes. Luego, el de dentro les llamó. Yo solo tenía que esperar. Aquello era una gran trampa, una ratonera para hombres con codicia y no se podía poner mejor cebo que una caja de caudales repleta de libras esterlinas.

Penetraron dos en el camión y el tercero vigiló, pero la caja pesaba mucho y además, como no esperaban encontrarse con ella, no llevaban herramientas adecuadas para reventarla. Más la codicia les impedía alejarse de ella.

Imaginé que uno le estaría diciendo al otro que lo mejor sería llevársela.

El escocés bajó de la caja y se introdujo en la cabina. Como yo

esperaba, intentó poner el camión en marcha, pero no lo consiguió, ya que yo tenía el distribuidor. Al fin, regresó junto a sus compañeros.

Me acerqué con cautela. La puerta estaba semicerrada y solo tuve que cerrarla totalmente. Cuando ellos se percataron de que quedaban apresados en el frío, ya era tarde. Pasó la gruesa barra atrancando la puerta.

Escuché dos detonaciones, luego patadas y los insultos, gracias a la cámara de aislamiento, no llegaron a mis oídos.

Imaginé que la pesada caja de caudales recibiría también algunas patadas de rabia, pero continuaría invulnerable pese a los ataques de aquellos tres delincuentes que como armas solo poseerían algún cuchillo, pistolas y una linterna. Nada más. La luz de la pila se les acabaría pronto y quedarían en la oscuridad rodeados de frío.

Una parte de mi plan había dado su fruto. Atraídos por la caja de caudales como moscas ante la miel, habían quedado atrapados y no había forma de salir dada la solidez del camión.

Me aparté de aquella especie de calabozo en plena calle y regresé a la cabina de teléfonos. Aquellos tres tipos, que se echarían las culpas unos a otros, sudaban dentro del frío adivinando lo que se les venía encima.

—¿Scotland Yard?

—Sí, diga.

—Rápido, oficial, en Page Street, frente al número ciento ochenta, hay un camión frigorífico. Dentro de él, una caja de caudales conteniendo doscientas cincuenta mil libras esterlinas. Hay tres ladrones que están tratando de forzarla y son muy peligrosos.

—Oiga, ¿y usted quién es?

—Jail Wender, el propietario del camión y de la caja. Luego les daré más detalles.

Colgué. Después de todo, no había mentido. La caja era mía, aunque el dinero que contuviera no lo fuese.

Puse de nuevo unos peniques en el aparato telefónico. Esta vez, llamé al número que me había proporcionado Mara. No tardé en escuchar la voz inconfundible del estirado y elegante míster Brown.

—¿Diga?

—Míster Brown, soy Jail Wender. Escuche bien, acabo de averiguar algo muy importante para usted.

—Wender, le dije que había terminado con el caso —me respondió terminante. Sin embargo, yo sabía que no colgaría con facilidad.

—Míster Brown, he averiguado dónde están las doscientas cincuenta mil libras.

—¿Ah, sí, y dónde?

—Es muy personal lo que tengo que decirle. En este momento me dirijo a su despacho, es el lugar donde podremos hablar con mayor tranquilidad.

De orden por teléfono al vigilante para que me deje entrar en el edificio, ya que estoy en la calle y llegaré antes que usted.

—De acuerdo, pero si me ha mentido se lo cobraré caro, Wender.

No me entretuve en escuchar amenazas. Colgué y conduciendo el “MG” pese al yeso, me dirigí a la Insurances British Navy Company.

El guardián, alertado por teléfono, me dejó pasar facilitándome las cosas al verme con las piernas escayoladas y caminando con muletas.

—Permanezca atento. Dentro de un instante llegará míster Brown.

El vigilante asintió con la cabeza, quedándose en la puerta. Por mi parte, subí rápido al piso de dirección. Crucé las mesas de secretariado y me introduje en el despacho privado de míster Brown. Lo primero que hice fue desmontar el dictáfono.

Tenía escasos minutos y sudaba más por la prisa y el esfuerzo que por el calor. Después, satisfecho, encendí todas las luces del despacho y aguardé en pie a míster Brown que llegó muy pronto y con verdadero interés reflejado en su rostro.

—Hola, Wender. Veo que le gusta la luz.

—Sí, de este modo nos veremos bien las caras.

—¿Las caras? Vamos, no hay tiempo que perder. ¿Dónde está el dinero?

—Dentro de una caja fuerte.

—¿De qué caja fuerte habla?

—De una caja de caudales que tres tipos están tratando de reventar sin éxito, tres tipos llamados Christopher, Jones y un escocés rubio cuyo nombre ignoro.

—¿Sin éxito, por qué está tan seguro?

—Porque la caja de caudales la he escogido yo y pesa tres toneladas.

Míster Brown parpadeó. Rodeó la mesa y fue a sentarse en su butaca.

—Explíquese.

—Sí, claro, como no. Ya podemos quitarnos las caretas.

—Sigo sin entenderle —insistió él.

—Pues hace mal. Creo que el negocio de extorsión a la Insurances British es interesante y muy productivo. Tiene usted genio para esta clase de trabajos.

—¿Qué trata de decir?

—Que podemos ser socios. No nos andemos por las ramas. Usted sabe bien que yo tengo el dinero. Creí que el escocés no me había reconocido, pero no fue así.

Míster Brown se echó atrás en su butaca mirando en derredor. Se sentía seguro en aquellos instantes.

—Está bien, quitémonos las caretas como ha dicho. Usted es un tramposo, reconozco que nos ha engañado a todos con sus piernas falsamente rotas.

—Solo tenía que hacer creer a todos que estaba fuera de combate y

seguir adelante con mi plan. Posiblemente me hubiera liquidado de tratar de impedir la entrega.

—Sí, admito que su muerte estaba proyectada. Ha sido un plan muy madurado, solo que no contaba con su astucia. Admito que ha sido verdaderamente sagaz, pero cuénteme lo de la caja de caudales.

Le expliqué que había sobornado a Christopher, más no le revelé que en aquellos momentos los tres se hallarían rodeados de policías que estarían abriendo el camión frigorífico.

—Muy bueno, sí, señor, muy bueno, pero dígame ¿cómo se le ha ocurrido sospechar de mí y no de otro?

—No fue difícil.

—Explíquemelo.

—Desde el principio sospeché de todos, claro que encargué a unos colegas británicos algunas averiguaciones de rutina.

—¿Y qué le dijeron sobre mí?

—Que cometió el error de enamorarse de una chica joven y hermosa con pretensiones de gran estrella. Que ella, además de protección, pidió que le financiara una película y usted, como ya está viejo —se puso amarillo pero aguantó—, pagó la obra, lo que le representó una fortuna, pero también pensó que podía resultar un gran negocio. Sin embargo, la niña fue un desastre y la película fue catalogada como pésima. Usted perdió su dinero, un dinero que no era suyo, sino de la Insurance British. Entonces, se le planteó el agobiante problema de devolverlo o ir a la cárcel. Se había quedado sin chica y sin dinero. Es lo que ocurre a la mayoría de los viejos verdes por muy flemáticos que parezcan.

—Se está pasando de la raya, Wender.

—En absoluto, hemos dicho que nos quitaríamos las caretas y eso estoy haciendo. Usted sustrajo el dinero a la compañía.

—Pensaba devolverlo.

—Sí, pero el cajero debió darse cuenta del desfalco y le insistió para que repusiera el dinero. Las prisas del finado cajero resultaron agobiantes para usted que había ideado un plan para robar a la compañía por medio de la extorsión y de este modo, poder devolver el dinero nuevamente a la compañía salvando su nombre.

Un plan muy elaborado en el que había incluido a Mara para que ella, en momentos delicados, hablara por usted y con mucha sinceridad. La dirección de la empresa lo ignoraba todo y a mí me hizo representar una farsa, inclusive la del hilo del dictáfono que usted mismo debió colocar astutamente.

—Admitirá que fue una buena idea. El escocés lo instaló, eso me salvaba de toda sospecha.

—Sí, como la de que había pagado varias veces de su pecunio particular. Mara se lo creyó y, en realidad, al mar solo tiraba una bolsa

repleta de papeles posiblemente.

—Es cierto. De este modo se hacían prácticas, para cuando la recogida fuera de dinero real, lo malo es que apareció usted. Reconozco que le subestimé.

—Trae muchos disgustos menospreciar al prójimo, míster Brown. También el cajero le subestimó a usted.

—No me quedó otra alternativa que ordenar que lo eliminaran. Un accidente de circulación me eximía de toda sospecha. Él podía avisar a la policía.

—Ha cometido usted algunos errores, míster Brown.

—¿Cómo cuáles?

—Christopher fue, prácticamente, quien le señaló a usted como el cerebro.

—¿Y cómo lo hizo ese estúpido?

—Diciéndome que era la primera recogida de dinero y lo que iban a cobrar. En cambio, usted me había contado que ya habían realizado varias entregas de su propio dinero y que ya no tenía más y al repetir estas mismas palabras en un consejo de accionistas se garantizaba el que todos aceptaran la extorsión ante la posibilidad de perder la empresa, su prestigio y que fuera hundido algún navío. Jones y Christopher son expertos en estos asuntos, por orden de usted ellos hundieron uno en Atenas y otro en Hong-Kong. Christopher me lo ha explicado.

—Christopher tiene la lengua demasiado suelta, habrá que cortársela. En cuanto al hundimiento de los dos pequeños barcos, era imprescindible. Había que demostrar que la amenaza no eran simples palabras. ¿Cómo, si no, hubiera convencido a los accionistas para que sacaran doscientas cincuenta mil libras de la caja de la compañía?

—Ya, un dinero que salía de la caja para regresar otra vez. Míster Brown, es usted menos listo de lo que se cree. Ha hecho hundir dos barcos con la consiguiente pérdida de vidas humanas, ha cometido extorsión, ha ordenado el asesinato de su cajero y quién sabe de cuántas cosas más es usted capaz. Lo mejor es que se entregue a la justicia por las buenas y purgue sus delitos. Christopher, el escocés y Jones ya están detenidos.

—¿Cómo que están detenidos?

—Sí, y el dinero a salvo. Se equivocaron también respecto a mi catadura moral. Creyeron que había ideado la treta de las piernas rotas para quedarme con todo el dinero, ¿verdad? No podía decir lo que sabía porque hubiera sido delatarse a sí mismo, pero esperaba que sus secuaces me sacaran el dinero que yo, supuestamente, intentaba llevarme a Norteamérica. Por eso Christopher me llamó puerco al verme. Pues, no, no quería llevarme el dinero, solo hacerles creer que me lo llevaba. De perseguidor me convertía en perseguido y la codicia de los que persiguen les hace cometer muchos tropiezos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tropiezos he cometido yo?

—Todos, míster Brown, todos. Mara, puedes encender la luz.

Míster Brown me miró con expresión idiota. ¿Qué había dicho yo?

La luz de la sala de secretariado se encendió en su totalidad y frente a la ventana de vidrio polarizado pudimos ver a un grupo de personas. Allí estaban los principales accionistas de la Insurances British, un teniente de Scotland Yard, dos agentes y la atractiva Mara Bryan.

—Ya lo ve, míster Brown, el cristal polarizado tiene estas bromas. Si se cierra la luz de la sala y se abre la del despacho se ven las cosas distintas de lo ordinario. Hasta ahora, usted vigilaba a sus empleados y ahora ha sido a la inversa. Desde afuera han podido vernos, ya que he tenido la precaución de encender todas las luces del despacho.

—No podrán probarme nada.

Sonreí con sarcasmo.

—Míster Brown, el dictáfono está conectado. Aquel técnico me mostró cómo podía quedar conectado sin que se advirtiera desde el exterior. Ya ve, ha sido una torpeza acudir a mi llamada. Desde la sala lo han escuchado todo y será suficiente para que le condenen en la Corte.

Inopinadamente, me dejé caer de espaldas. Sonaron dos detonaciones. Tal como había supuesto, los dos cañoncitos estaban cargados y se disparaban electrónicamente. Por muy poco no me alcanzaron de lleno.

Vigilando la mano de míster Brown me percaté oportunamente del momento trágico para mí y los dos proyectiles dieron contra la ventana de vidrio polarizado que se vino abajo.

Los agentes pasaron corriendo al interior del despacho, cerrando las esposas de acero en torno a las muñecas del anonadado míster Brown. Mara corrió hacia mí y se subió sobre el yeso de mis pies para besarme en los labios mientras sir Hathaway, el principal accionista, me decía al oído:

—Se ha ganado usted su diez por ciento prometido, Wender.

—Correcto —dije separando los labios de los de Mara—, pero también les pasaré mi minuta de gastos que ha sido elevada.

Me callé, era mucho más interesante besar a Mara, pero la escayola de las piernas comenzaba a molestarme demasiado. Sería cuestión de pedir a Mara que me acompañara al apartamento y ella misma me ayudara a quitármela. La noche era muy joven todavía.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

“WESTERN”

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

“CIENCIA FICCIÓN”

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España